

**Benito Juárez**  
***Documentos,  
Discursos y Correspondencia***

**Tomo 7, capítulo LXII**

Selección y notas de  
**Jorge L. Tamayo**

Edición digital coordinada por  
**Héctor Cuauhtémoc Hernández Silva**

Tomo revisado y anotado por  
**María del Carmen Berdejo Bravo**

Versión electrónica para su consulta  
**Aurelio López López**



**Año 2006**

## **Tomo 7, capítulo LXII**

**Anotado y revisado por  
María del Carmen Berdejo Bravo  
(UAM – Azcapotzalco)**

## **Capítulo LXII**

**Toma el mando González Ortega**

**Septiembre de 1862**

## **CAPÍTULO LXII**

### **TOMA EL MANDO GONZÁLEZ ORTEGA**

**Septiembre 1862**

La enfermedad de Zaragoza y la presencia del enemigo al frente, hizo que Juárez, sin titubeos, ratificara la delegación de mando que provisionalmente hiciera Zaragoza en González Ortega. Es muy probable que estuviera previsto esto para un caso de emergencia.

A la muerte del triunfador de Puebla, Juárez designa al general González Ortega, jefe del ejército de Oriente.

El capítulo se inicia con una carta de González Ortega a Juárez, escrita aún no muerto Zaragoza, en que manifiesta ignorar los planes de este jefe, pero que, no obstante ello, procurará seguir la misma línea de acción en espera de que vuelva.

Más tarde, González Ortega escribe a su amigo Antonio C. Ávila, el 10 de septiembre, comentando con pena la muerte de Zaragoza y haciendo ver que, ahora que tiene el mando en definitiva, está preparando su plan de operaciones, si bien reclamando plena autoridad para poder llevarlo adelante. Concluye asegurando que “el gobierno no tendrá que arrepentirse de haber confiado sus armas a mi lealtad...”

El vicealmirante Jurien de la Gravière, al ser relevado del mando a principios de abril de 1862 y sustituido por el Almirante Roger, regresa a Francia. Precisamente el 5 de mayo desembarca en La Habana.

Al llegar a su país se entera del fracaso francés en Puebla y solicita volver a México.

Se le encarga el mando de las fuerzas navales y la preparación del refuerzo que se enviaría. Adelantándose a esto último, llega en la fragata

*Normandie* a la isla de Sacrificios. El 4 de septiembre, fondeado frente a esa isla, lanza una proclama tratando de alentar a los integrantes del ejército expedicionario que había permanecido en territorio mexicano.

Comisionados por algunos gobiernos locales y con la autorización del gobierno federal, llegó a Washington el señor Juan Bustamante, quien desde luego se puso en contacto con Matías Romero.

Después de vencer innumerables problemas y dificultades, logró comprar una importante partida de armas que se embarcarían en Nueva York con destino a Matamoros.

Cuando ya se iba a realizar el embarque, el administrador de la aduana de Nueva York se niega a despachar, apoyándose en una arbitraria disposición del gobierno estadounidense que cierra al comercio de este país el puerto de Matamoros, como si dicho puerto estuviera en la jurisdicción de los Estados Unidos.

Bustamante recurrió a Romero, quien entrevistó a diversos funcionarios de la administración, quienes se aventaron la pelota, trayendo a Romero de un ministerio a otro, hasta que, finalmente, el ministro de Hacienda, Mr. Chase, se negó a autorizar la salida de un solo fusil. Romero, en prolijo informe, relata todas estas peripecias que culminan con la protesta que presentó al departamento de Estado. Con toda franqueza reitera la opinión, refiriéndose a los altos funcionarios del gobierno de los Estados Unidos “que estos hombres nos sacrificarían mil veces si creyeran que de esta manera, evitaban la intervención francesa en sus asuntos. Lo que me ha disgustado en extremo, es la manera poco franca y leal con que han procedido en este caso”.

Sin embargo, Romero no se da por vencido y entrevista al presidente Lincoln, quien después de oírle, lo envía al secretario de Estado; este último informó que el presidente y él prefieren no tomar noticia oficial respecto a las compras del señor Bustamante. Dolido por la actitud del gobierno estadounidense, relata la declaración de Mr. Seward al ministro británico en Washington, a quien le dijo que el presidente Lincoln no pensaba mandar al Senado el tratado Corwin-Doblado “porque México estaba en guerra y prestarle dinero equivaldría a formar una alianza ofensiva o defensiva con él.”

No obstante, la situación de guerra extranjera, el gobierno federal estima conveniente, siguiendo el espíritu de la ley de libertad de cultos, prohibir demostraciones religiosas fuera de los templos.

Chiapas continúa aportando su ayuda económica, pero Juárez no acepta que ésta se destine exclusivamente a la atención de los contingentes chiapanecos en el ejército de Oriente.

Juan A. Zambrano, designado por el gobierno para hacerse cargo de la aduana de Matamoros, envía a Juárez un informe de la situación en que se destaca la arbitrariedad de Vidaurri; Juárez contesta de inmediato comentando sus noticias y dándole instrucciones.

Ambrosio Larragoytia, dolido por los ataques de un periódico local, renuncia a la comandancia militar de Alvarado y lo avisa a Juárez, quien le contesta con el ruego de que vuelva al cargo “para bien de la patria”.

Doblado, con buen juicio, explica a Juárez que no es conveniente dejar sin fuerzas militares a Guanajuato y Querétaro, porque serían ocupadas por las de Tomás Mejía.

Enterado López Uraga de la carta de Dubois de Saligny al general Serrano, escrita hace meses, que es reproducida en la prensa de México a fines de agosto, le envía una carta de refutación incoherente, deshilvanada y agresiva; pero no niega las indiscreciones que Saligny relata.

López Uraga, desde León, escribe a Juárez resignado al ostracismo a que piensa se le ha condenado y, demás, manda copia de la carta que envió a Saligny.

El nuevo gobernador de Tlaxcala, José Manuel Saldaña, informa a Juárez de los problemas del estado; mientras tanto, las mujeres patriotas se organizan en México y en Oaxaca, y acaso en otros lugares bajo el nombre de “Sociedad Zaragoza”, para aliviar los sufrimientos de los soldados que, heridos, están recluidos en los hospitales de sangre.

Forey, dispuesto a internarse dentro del país, deja instrucciones al comandante militar de Veracruz y expide una proclama en el puerto, siguiendo a Córdoba donde, en forma brusca y pública, le ordena a Almonte disuelva el gobierno que ha formado.

Seguramente González Ortega resolvió concentrar sus fuerzas en Puebla, porque en carta del 14 de septiembre le dice al ministro de Guerra que está movilizandole la artillería de Perote y otros puntos hacia esa ciudad, que desea sea fortificada. En los siguientes días, González Ortega escribe a Juárez dando pormenores sobre los carros que necesita y la colaboración del general Ignacio Mejía y del coronel Colombres, para las fortificaciones. El día 22 de septiembre hace un rápido viaje a México para conferenciar con Juárez y los miembros del gabinete.

Ni en los documentos publicados, ni en los archivos consultados hemos encontrado comentario alguno que describa el plan que se propusiese desarrollar el general Zaragoza, no obstante que se hace referencia a ese plan.

Por las cartas y comunicados oficiales que se han reproducido en capítulos anteriores, es notorio que Zaragoza estaba desarrollando una acción ofensiva, buscando que, después del 5 de mayo, el ejército francés retrocediera lo más posible, acaso con el deseo de llevarlo a la entonces zona malsana de la costa del Golfo de México.

Cuando Lorencez detuvo su retroceso en Orizaba, Zaragoza resolvió atacar esa plaza con el fin de hacerlo desalojar. Por ello esperaba “con ansia la llegada del general González Ortega” y su división de Zacatecas, los que al fin llegan al Palmar el 9 de junio. Ese mismo día resuelve reanudar el ataque sobre Orizaba, el que fracasó el día 13 por la sorpresa y derrota de Cerro del Borrego.

Zaragoza resolvió esperar que el enemigo saliera a atacarlo y lo espera al poniente de Orizaba. Al convencerse de que Lorencez no saldría de la plaza, acaso porque estaba ya esperando su relevo, Zaragoza resolvió intentar un nuevo ataque, según lo describe en su carta del 27 de junio a Juárez, si bien reconoce que “esta operación que ciertamente no es imposible, sí muy difícil, pues carecemos de los elementos necesarios”.

González Ortega, en carta de agosto 5 a Juárez, se da por informado “de que pronto tomaremos la iniciativa contra los invasores”; es más, tres días después dice a Juárez estar complacido de que se ataque

de nueva cuenta Orizaba y que está enterado de los recursos que se ofrece proporcionar a Zaragoza, pues de lo contrario serían rechazados.

Previendo una derrota en Orizaba y el avance del ejército francés, Zaragoza artilló Paso Nacional, Perote y las Cumbres de Acultzingo.

Muerto Zaragoza, González Ortega cambia de planes y no encontramos, en correspondencia y documentos consultados, explicación alguna. Ciertamente que González Ortega los realiza por decisión propia, como se deduce de la carta al ministro Blanco de 14 de septiembre.

Creemos que este cambio se produjo a consecuencia de no haber podido atacar Orizaba antes de que llegaran los refuerzos y éstos comenzaron a desembarcar en Veracruz al iniciarse septiembre culminando con la llegada de Forey el 21 de ese mes.

Cambió el plan González Ortega, convencido de que no sería posible tomar la ofensiva, ni detener el avance en Acultzingo y resolvió intentarlo en Puebla; por ello movió la artillería y más tarde sus tropas, como podrá verse en los capítulos siguientes, para concentrarlas en esa ciudad.

El general Miguel Sánchez Lamago explica en forma sintética y precisa la justificación de fortificar Puebla, por lo que reproducimos su valiosa opinión:

“En aquellos días y aún en la actualidad, Puebla es la ciudad más importante que existía desde Veracruz a México, según los dos itinerarios posibles: Veracruz-Jalapa-Perote-Puebla y Veracruz-Córdoba-Orizaba-Puebla, de manera que un invasor que llegara al valle de Puebla, obligadamente tendría que ocupar esta población antes de poder continuar su marcha hacia la capital de México. Podría también fijar a la guarnición militar mexicana que allí se hallara, destacando para ello una parte de sus fuerzas, para continuar con el grueso de ellas sobre la ciudad de México; pero si la guarnición mexicana era lo suficientemente fuerte para oponerse a esta última disyuntiva, el invasor tendría que detenerse delante de Puebla y destruir a aquélla antes o, cuando menos, desalojarla de su posición.



Precisamente, tomando en consideración lo anterior, fue por lo que el general Zaragoza, inmediatamente después de la batalla del 5 de mayo de 1862, con aprobación del Ministerio de la Guerra, decidió fortificar convenientemente la ciudad de Puebla, para transformarla en una plaza fuerte del momento, de manera que el invasor se viera obligado a tomarla, antes de poder seguir adelante en sus planes de invasión.<sup>1</sup>

Calderón Collantes da instrucciones a López Cevallos, ratificándole que no celebrará España ningún tratado con el gobierno de México, porque el convenio de Londres no se ha roto.

La junta patriótica de la ciudad de México propuso que en los días de celebración de 15, 16 y 17 de septiembre, la bandera de la República hermana de Perú se colocara junto con la nacional en las ceremonias oficiales.

El gobernador del Distrito Federal se lo comunica a Corpancho y éste contesta con gran satisfacción, considerando que esta deferencia de México a Perú “sería mirada como un símbolo de fraternidad, precursora de la unión en que los pueblos americanos cifran la conservación de soberanía, su independencia y sus instituciones democráticas.”

Santa Anna, desde Jamaica, en carta al padre Miranda continúa en su postura de estar dispuesto a sacrificarse por México.

El coronel Trimonet rinde a Forey un informe que permite al lector darse cuenta de las dificultades que encuentra el ejército invasor, pero a la vez exhibe la imprevisión y falta de preparación de la expedición.

El general Juan Álvarez da a Juárez sus condolencias por la muerte de Zaragoza y le plantea el problema de la falta de recursos económicos, como consecuencia de las disposiciones de que los gobernadores no usen los productos de las aduanas.

---

<sup>1</sup> *Parte general que da al Supremo Gobierno de la Nación respecto de la defensa de la plaza de Puebla el ciudadano general Jesús González Ortega*, preámbulo del general Miguel Sánchez Lamego, México, 1963, pág. 11.

Juan Antonio de la Fuente, ministro de Relaciones, envía a Romero, encargado de negocios en Washington, unas instrucciones cuya minuta hemos localizado en el Archivo de la Secretaría de Relaciones.

Relata en ellas lo que, con gran objetividad, dijo al ministro Corwin al justificar su negativa para prorrogar el plazo de las ratificaciones del tratado Doblado-Corwin. Señala que "su recelo de indisponerse con el emperador de los franceses" explica "su repugnancia a prestarnos auxilio en la guerra que aquel monarca nos ha traído".

Al agradecer a Montluc sus esfuerzos en favor de México, Juárez le indica que, convencido de que el gobierno francés desea humillarle, la nación está dispuesta a defender a cualquier precio su independencia.

El gobierno considera llegado el momento de expulsar del país a los franceses residentes, especialmente los que han participado en el conflicto, como los Jecker.

El reducido cuerpo diplomático extranjero integrado por los ministros de Estados Unidos, Prusia, Ecuador, Bélgica y el encargado de negocios del Perú, se dirigieron al ministro de la Fuente abogando por los franceses presos que, probablemente, serían expulsados.

Corpancho, no sólo firma la nota colectiva, sino que envía nota particular que, es notorio, no fue bien recibida por el gobierno mexicano.

De la Fuente contesta en forma tajante y clara al cuerpo diplomático, haciendo uso de muy buenas razones, especialmente la de seguridad pública; a Corpancho le envía una nota muy cuidadosa, en que se trasluce el desagrado de que haya intervenido en forma tan especial en estos asuntos.

# **DOCUMENTOS**

**Septiembre de 1862**

## PROCLAMA DE LA GRAVIÈRE AL REGRESAR A MÉXICO

A los señores oficiales de Guerra de mar y marineros de la expedición de México:

Cuando me separé de vuestro lado, en los primeros días del mes de mayo, ningún obstáculo había detenido aún el impulso de nuestras tropas.

Al llegar a Francia encontré allá la noticia inesperada de un incidente que difería la prosecución de las operaciones militares para mejor estación.

Inmediatamente pedía tener el honor de venir a reunirse con vosotros. Algunos días solamente precede mi llegada a la de un ejército de 20,000 hombres. Una vez empeñada la bandera de la Francia, no falta nunca a nuestros soldados la solicitud activa y vigilante del emperador.

Preparaos, pues, a recibir bien pronto a los valientes que vienen a confirmar a estas lejanas tierras el ascendiente de nuestras armas. Cerca de un año hace que habéis cumplido notablemente vuestras tareas. Mientras que vuestros camaradas tomaban una brillante parte en los combates de Guadalupe y Orizaba, vosotros presentabais a la Francia conmovida el espectáculo de la más firme resignación. La marina entera sabrá agradecer una conducta que la honra. Justamente envanecida de la firme actitud que habéis sabido guardar en medio de circunstancias las más difíciles, ella agradecerá al emperador que haya recompensado vuestros servicios en la persona del valiente oficial que os ha alentado y sostenido con su ejemplo. Encargado desde el mes de febrero de vigilar por la seguridad de nuestra base de operaciones y de dirigir el movimiento de la división naval de México, el almirante Roger ha merecido un lugar distinguido en la historia de esta expedición.

Señores oficiales de guerra, de mar y marineros: una nueva campaña va a abrirse. Dicho está con esto que nuevas fatigas os

aguardan; pero esta campaña, emprendida con las condiciones más favorables y bajo los mejores auspicios, será corta y decisiva; vosotros tendréis el honor de haber preparado su buen éxito.

¡Viva el emperador!

A bordo de la fragata almirante "La Normandie", en la rada de Sacrificios, el 4 de septiembre de 1862.

El vicealmirante, comandante en jefe de las fuerzas navales de la expedición de México.

E. Jurien (de la Gravière)

GONZÁLEZ ORTEGA, ESPERANDO EL REGRESO DE  
ZARAGOZA. INTENTA SEGUIR SUS PLANES

Palmar, septiembre 6 de 1862

Señor presidente don Benito Juárez  
México

Mi querido amigo:

Mucho, mucho le agradezco a usted el deseo que me manifiesta por el restablecimiento de mi salud. El quebranto que tuve desapareció a los dos o tres días contribuyendo en mucha parte una expedición que hice, en unión de los generales Zaragoza y Negrete por todos los cerros y avenidas de las Cumbres, cuya expedición fue causa también, por otra parte, de la enfermedad del primero de dichos señores. Hablando de esto, le diré a usted que he sentido muchísimo este incidente inesperado y desagradable, tanto por lo que tiene relación a la persona de dicho señor general Zaragoza, como, y principalmente, por lo que la separación de dicho señor afecta hoy a la cosa pública y muy especialmente a la militar.

El señor Zaragoza había concebido sus planes y proyectos, y debe haber estado en todos sus antecedentes y pormenores y previstos los más insignificantes obstáculos con que pudieran tropezar. Así es que nadie podía desarrollar con más buen éxito y facilidad esos planes que el mismo individuo que los concibió. Esto no obstante, la Providencia nos ha de ayudar. Por lo que a mí toca, he procurado seguir la vía por donde marchaba el citado señor general, con el objeto de que si se restablece, como lo espero, no encuentre óbice alguno para la realización de sus planes.

Espero las instrucciones de usted en todo.

Puede usted ver en mí un sincero amigo, un leal partidario y un acérrimo defensor de la legalidad, de la independencia y de las instituciones democráticas.

No tengo tiempo de escribir a mi compañero el señor Blanco; tenga usted la bondad de manifestarle ésta, para que se imponga de mi modo de pensar. Al citado señor general y a usted, les recomiendo muchísimo la remisión de 3,000 reemplazos y de otras tantas fornituras de que les habla el señor general Negrete.

Los momentos son supremos: los instantes que tengamos que perder ya no podremos reemplazarlos. Estamos jugando los intereses de la democracia y además la independencia nacional.

No hay tiempo para más. Mañana volveré a escribirle.

Su amigo que le aprecia.

Jesús González Ortega



ROMERO INFORMA SOBRE LA CONDUCTA POCO FRANCA Y  
LEAL DEL GOBIERNO ESTADOUNIDENSE RESPECTO A LA  
VENTA DE ARMAS PARA MÉXICO

Washington, agosto 28 de 1862

Al señor ministro de Relaciones Exteriores  
México

Según comuniqué a usted en mi nota número 181 de 29 de mayo último, el señor don Juan Bustamante había llegado a esta capital, comisionado por algunos estados del interior de la República para comprar armas. A su llegada pensó que sería posible obtenerlas de este gobierno y, en virtud de sus indicaciones, hablé sobre el asunto con Mr. Seward, quien me dijo que no sería posible dar ningunas, porque los Estados Unidos necesitaban más de las que tenían. Me aseguré, al mismo tiempo, que este gobierno permitiría al señor Bustamante comprar las armas que pudiera y llevarlas a donde quisiera, siempre que no fuera al sur de los Estados Unidos, sin tomar, sin embargo, noticia oficial de los arreglos que celebrara.

Desde entonces ha estado procurando el señor Bustamante hacer un contrato, cuya conclusión se le ha dificultado muchísimo, por la circunstancia de que no trajo fondos para hacer las compras y los términos que ofrece, de pagar en el puerto donde se reciban las armas a su llegada, apenas son admisibles para los negociantes de este país. Después de muchos esfuerzos y sacrificios, de los que he sido testigo, aun empeñando su crédito particular, había logrado al fin comprar 36,000 fusiles, 4,000 sables, 1,000 pistolas, 18,000,000 de cápsulas y 500 arrobas de pólvora, que había convenido en que se mandaran a Matamoros, por ser el único puerto de los que tenemos en el golfo que no

ha sido bloqueado todavía y al cual sería menos expuesto mandar tales efectos.

Listos éstos para embarcarse, fue el vendedor Mr. Whiting a ver si el administrador de la aduana de Nueva York despacharía para Matamoros al buque que los llevara. Este funcionario respondió que, para autorizar el despacho, necesitaba una orden especial del ministro de Hacienda en virtud de que, por la orden arbitraria de este gobierno que comuniqué a usted en mi nota número 253 de 10 de septiembre del año próximo pasado, el referido ministro de Hacienda cerró al comercio de este país el puerto de Matamoros, como si dicho puerto estuviera en la jurisdicción de los Estados Unidos. Remito a usted, bajo el número uno, copia de la carta que dirigió el 31 del actual Mr. Whiting al señor Bustamante, comunicándole el resultado de la entrevista que había tenido con el administrador de la aduana de Nueva York y bajo el número dos va traducción de la misma.

En esta virtud, vino el señor Bustamante a esta capital el sábado 23 del actual. En el mismo día vi al ministro de Hacienda, Mr. Chase, a quien informé de lo ocurrido y enseñé la carta de Mr. Whiting. Me dijo que el administrador de la aduana había cumplido con las órdenes que tenía del gobierno al rehusarse a permitir la salida de las armas y que él – Mr. Chase- no daría la orden para la salida de éstas si no le recomendaban previamente la medida los ministros de Relaciones y Marina. Le manifesté que, por lo delicado del asunto, no querían seguramente dar una recomendación por escrito y me dijo que se conformaría con que la hicieran verbalmente. Siendo ya muy tarde, no pude ver en el mismo día a los ministros de Relaciones y Marina y tuve que dejar para el lunes siguiente la entrevista con ellos.

El día 25 vi a ambos; los informé de lo ocurrido y los dos me manifestaron que no tenían ningún inconveniente en recomendar la remisión de las armas y me ofrecieron hablar a Mr. Chase en la junta de ministros que debía tener lugar el día siguiente 26. Después de que esto había pasado, volví al departamento de Estado a preguntar a Mr. Seward si Mr. Chase estaba ya corriente en dar la orden a la aduana de Nueva York. Mr. Seward me dijo que ya todo estaba arreglado. Fue en seguida

al departamento del Tesoro y encontré a Mr. Chase saliendo del ministerio; me dijo que el día siguiente mandaría la orden y me suplicó volviera yo a las 10 de la mañana de dicho día, para que le diera los pormenores de la remisión y le dijera quién mandaba las armas y a quién iban consignadas.

El miércoles 27 fue temprano a darle estos datos; cuando se impuso del número de armas, me dijo que le parecía excesivo y que había ofrecido dar la orden creyendo que la remesa era muy inferior y que, para autorizar la salida de una cantidad tan considerable, necesitaba tener el consentimiento de los ministros de Guerra y Marina. Le dije que la cantidad no era excesiva; que nosotros podíamos levantar hasta 300,000 hombres, que sólo teníamos 100,000 fusiles y que necesitábamos, por lo mismo, 200,000 más, sin contar con los que se pierden y destruyen y que es preciso reponer; que, como no tenemos fábricas de armas en México, nos vemos obligados a comprar en el extranjero las que necesitamos. Le dije, además, que las armas compradas por el señor Bustamante eran fusiles belgas de chispa, compuestos en Nueva York y vueltos de fulminante, que su valor intrínseco era de cuatro a cinco pesos; pero que nosotros por comprarlos al crédito, los habíamos pagado a nueve pesos y que tales armas eran enteramente inútiles para el ejército de los Estados Unidos, pues no habría un solo voluntario que las recibiera en caso de que el gobierno se las quisiera dar. Me preguntó si no había riesgo de que cayeran en poder de los insurrectos del sur y le dije que ninguno, porque el envío se haría secretamente y, llegando a Matamoros, eran ya nuestra propiedad y serían defendidas por la guarnición militar que hay en aquel puerto. Sobre este punto le dije: “no deben ustedes inquietarse para nada, pues nosotros estamos más interesados que ustedes mismos, en que no se nos despoje de las armas que con tanta dificultad hemos comprado aquí”.

Estas consideraciones no fueron suficientes, sin embargo, para alterar la resolución de Mr. Chase. Me dijo que el subsecretario de Hacienda, Mr. Harrington, tomaría nota de mi pedido y que iría conmigo a solicitar la aprobación de los ministros de Marina y Guerra, Mr. Harrington tomó unos apuntes, de que remito copia bajo el número tres, acompañada de la traducción correspondiente, bajo el número cuatro.

Fuimos al departamento de Marina y Mr. Welles manifestó que, por su parte, no tenía ningún inconveniente en permitir la salida de dichas armas y que daría orden a los buques de guerra de los Estados Unidos en la boca del Río Grande, para que no detuvieran ni molestaran al buque que las llevara. Pasamos en seguida al departamento de Guerra; Mr. Stanton estaba ocupado con las operaciones militares y no pudimos verlo; Mr. Watts, subsecretario de Guerra, le llevó los apuntes de Mr. Harrington y el recado de Mr. Chase y a poco volvió con la respuesta, diciendo que Mr. Stanton iba a tomar en consideración el asunto y desde luego le ocurrían algunas dificultades. Le dije que yo deseaba ver al secretario antes de que adoptara su resolución y me contestó que la hora más oportuna para verlo sería entre las nueve y diez de la mañana del día siguiente.

Hoy volví a la hora designada y fue recibido desde luego por Mr. Stanton, quien me informó que ayer tarde había contestado a Mr. Chase, diciendo que se oponía al embarque de las armas. Le manifesté minuciosamente lo mismo que había yo dicho ayer a Mr. Chase y otras varias poderosas consideraciones; le dije que si no teníamos armas para resistir a los franceses, la conquista del país sería muy probable y que, como no construimos las armas en México, careceríamos de ellas si no nos la dejaban sacar de aquí; que en el buen éxito de nuestra defensa contra los franceses estaban los Estados Unidos tan interesados como México mismo; que dentro de poco llegarían a México los refuerzos enviados de Francia al ejército invasor y que, entonces, tendría la escuadra francesa buques bastantes para bloquear a Matamoros, cerrándonos ese único conducto que nos queda para introducir nuestras armas por el Atlántico, por lo cual era indispensable que las que ya estaban listas salieran sin pérdida de momento.

Mr. Stanton convino en cuanto yo le manifesté y me dijo que todas sus simpatías estaban por parte de México y que si tuviera 100,000 fusiles, nos los daría; pero que los deberes que tenía para con su gobierno no le permitían autorizar la salida de las armas en cuestión. Me dijo que hacía tiempo que había expedido, con referencia al caso presente, una orden prohibiendo la salida de armas y que todas las razones que yo le

había expuesto, las había tenido presentes al tomar su acuerdo de ayer y no las había considerado suficientes para derogar en nuestro provecho su orden anterior. Le dije que sus simpatías estériles de nada nos servirían aun en el caso de ser sinceras y que, si nos negaban la salida de las armas, nos harían un perjuicio tan grande, como si de hecho se aliaran con los franceses y mandaran contra nosotros un ejército de 50,000 hombres. Al despedirme le pregunté si no me daba ninguna esperanza de que permitiera la salida de las armas en este caso, en vista de las consideraciones que le había yo expuesto, y me respondió que ninguna. Remito a usted, bajo el número cinco, copia de la respuesta de Mr. Stanton y su traducción bajo el seis.

Inmediatamente paseé al ministerio de Hacienda a decir a Mr. Chase que, haciendo a un lado toda cuestión de amor propio y de derecho intrínseco, era tanta la necesidad que teníamos de las armas, que aceptaría yo la orden que quisiera darme por el número que no le pareciera excesivo, según estaba dispuesto a hacerlo ayer. Me respondió que había pensado autorizar la salida de un número de armas que no excediera de 6,000; pero que, en vista de la orden terminante del ministro de Guerra, no podía autorizar la de un solo fusil. Dije a Mr. Chase lo mismo que había dicho a Mr. Stanton respecto del agravio que este gobierno hacía a México, prohibiendo la salida de armas enteramente inútiles para el ejército de los Estados Unidos y con lo cual auxiliaba a la Francia tanto como si fueran sus aliados. Me contestó que sentía vivamente el resultado tanto como yo mismo, pero que nada podía hacer.

Pasé en seguida al departamento de Estado, a entablar una queja formal por lo que acababa de pasar; pero, desgraciadamente, me encontré con que Mr. Seward se había ido anoche para su casa de Auburn y con que no volverá sino después de dos semanas. Él tenía conmigo compromiso de dejar salir las armas y, si estuviera aquí, tal vez habría allanado estas dificultades, a no ser que se hayan suscitado con su consentimiento. El subsecretario de Estado pareció sorprenderse de lo ocurrido y me dijo que no creía poder hacer cambiar de determinación a Mr. Stanton. Pienso ver al presidente para informarlo de lo que ha pasado; pero casi tengo seguridad de que él no derogará la determinación

de sus subordinados y tal vez desista yo de esa idea, que sólo produciría otro desaire y otro desengaño.

De todo esto resulta, pues, que este gobierno nos priva, arbitrariamente, del derecho que tenemos para comprar armas en este país y mandarlas al nuestro, cuando todavía no reconoce el estado de guerra que existe entre México y Francia y considerar a ambas naciones no como a beligerantes, sino como a amigas. Una conducta tan poco amistosa para con nosotros, merece que expresemos por nuestra parte nuestro desagrado. Pensé en hacer una protesta contra ella; pero, considerando que esto no producirá ningún efecto, no he llevado a cabo esta idea. Creo que el Supremo Gobierno obraría sabia y justificadamente, si por vía de represalia retirara el permiso concedido a este gobierno para pasar sus tropas por nuestro territorio, lo cual nos compromete para con el sur y nos presenta bajo mala luz ante las naciones de Europa.

No me sorprende este resultado porque, como indiqué a usted en mi nota número 260 de 26 de julio próximo pasado, tengo seguridad de que estos hombres nos sacrificarían mil veces si creyeran que de esta manera evitaban la intervención francesa en sus asuntos. Lo que me ha disgustado en extremo, es la manera poco franca y leal con que han procedido en este caso. La orden previa del ministerio de Guerra, prohibiendo la exportación de las armas, me parece una grosera suposición; pues es, en efecto, muy extraño que ayer a las once no tuvieran noticia de ella Mr. Chase y que estuviera dispuesto a conceder el permiso, si el número de armas no hubiera sido tan excesivo a sus ojos.

Espero, pues, las órdenes del Supremo Gobierno para proceder como el presidente lo juzgue propio.

Doy copia de esta nota al señor Bustamante, para que haga constar con ella que si no llevó las armas a la Republica, no fue por culpa suya.

Reproduzco a usted las seguridades de mi muy distinguida consideración.

Dios, Libertad y Reforma.

Matías Romero

ROMERO ENTREVISTA A LINCOLN Y A SEWARD SOBRE LA  
COMPRA DE ARMAS Y QUEDA CONFUNDIDO POR SU  
ACTITUD

Washington, septiembre 4 de 1862

Al señor ministro de Relaciones Exteriores  
México

A consecuencia de los sucesos militares que han tenido lugar recientemente en las inmediaciones de esta capital, no me fue posible ver al presidente de los Estados Unidos para hablarle del envío de armas a la República, sino hasta el 2 del que cursa, en cuyo día tuvo la bondad de darme audiencia.

Lo informé de lo ocurrido sobre el asunto en los términos que comuniqué a ese ministerio en mi nota número 290 de 28 de agosto próximo pasado, y me dijo que el secretario de Guerra lo había ya impuesto de todo y me dio a entender que la única razón que lo había decidido a impedir la salida de las armas, es el propósito de no quebrantar la neutralidad que los Estados Unidos desean guardar en nuestra presente guerra con Francia. Le dije que yo no pedía ninguna intervención oficial de este gobierno que lo pudiera comprometer con la Francia; que nosotros estábamos dispuestos a sacar las armas de Nueva York sin que el buque que las lleve sea formalmente despachado por la aduana de aquel puerto y que lo único que deseamos es que el administrador de aquella aduana no impida la salida de dichas armas. Me dijo que hablaría con el ministro de Hacienda y me suplicó volviera yo a verlo al día siguiente. Fui ayer a la hora designada y me dijo que había mandado llamar al secretario de Estado, quien debía llegar anoche y que me entendiera yo con él.

Hoy fui al departamento de Estado, en donde estaba ya Mr. Seward, a quien referí minuciosamente cuanto ha pasado. Me oyó sin interrumpirme y, cuando hube concluido mi relación, me dijo que ni él ni el presidente podían tomar noticia oficial de tales hechos ni decir una sola palabra respecto de ellos; que si el buque que llevaba las armas era capturado, el envío de ellas sería un motivo de queja del gobierno francés y que el presidente debía estar en libertad para dar una respuesta satisfactoria.

Mirando que Mr. Seward se colocaba en un terreno en que yo no sabía que estuviera este gobierno, pues creía que ignoraba el estado de guerra existente entre México y Francia, no me pareció conveniente decirle nada más y me despedí de él.

Este incidente me explica la conducta de Mr. Seward para conmigo, que de algún tiempo a esta parte ha sido más reservada que de costumbre, seguramente porque querrá llevar su neutralidad hasta el último extremo. Cuando le he preguntado si sus agentes en Europa le han comunicado algo respecto de la política de la Francia en México, noticias que antes me comunicaba sin que yo se las preguntara, me ha contestado que no ha leído su correspondencia o con alguna otra evasiva del mismo jaez.

Lords Lyons refirió a su gobierno, en un despacho fechado en esta capital el 5 de junio último y que acaba de publicarse en Inglaterra, que Mr. Seward le dijo en el mismo día, que el presidente no pensaba mandar al Senado el tratado de Mr. Corwin, “porque México estaba en guerra y, prestarle dinero, equivaldría a formar una alianza ofensiva y defensiva con él”.

Por lo que respecta a las armas, creo que se podrán sacar de Nueva York, a pesar de la determinación de este gobierno, pues, según me escribe el señor Bustamante, el administrador de la aduana se presta a dejarlas salir con algunas condiciones de fácil ejecución.

Reproduzco a usted las seguridades de mi muy distinguida consideración.

Dios, Libertad y Reforma.

Matías Romero



CIRCULAR DE LA SECRETARÍA DE GOBERNACIÓN.  
SE PROHIBEN DEMOSTRACIONES RELIGIOSAS  
FUERA DE LOS TEMPLOS

La confianza que dispensa el pueblo a los depositarios del poder público, les impone la estrecha obligación de velar por la incolumidad de las instituciones de Reforma, adoptadas por él y por sus representantes y planteadas en el país a costa de innumerables sacrificios. En consecuencia y, teniendo el gobierno en consideración que uno de los abusos que tienden a enervar estas leyes, consiste en la hecha de tal modo que se aperciban de ello los transeúntes; porque así se da lugar a demostraciones reverenciales públicas en las calles y plazas, contrariándose la letra y el espíritu de la ley de 4 de diciembre de 1860 y porque esto puede ser un incentivo de discordia entre los sectarios de diversos cultos; considerando, además, que no conviene que los negocios de la vida civil se entorpezcan por causa de religión, poniéndose a los transeúntes en la necesidad de ocupar en actos de un culto el tiempo que destinan a otros asuntos; por esas causas, dispone el ciudadano presidente que se sirva usted dirigir a los párrocos de ese estado las órdenes más explícitas, previniéndoles que al sacar fuera de los templos cualquiera objeto sagrado, lo hagan de manera que no llame la atención, ni dé lugar a demostraciones religiosas.

De suprema orden lo comunico a usted, reproduciéndole las consideraciones de mi aprecio.

Libertad y Reforma. México, septiembre 6 de 1862.

(Juan Antonio de la) Fuente

PROYECTO DE EMISIÓN DE OCHO A DIEZ MILLONES DE  
PESOS EN COBRE

México, septiembre 6 de 1862

Señor don Ángel A. Corzo  
Chiapas

Apreciable amigo y señor:

He recibido sus dos estimables de 19 y 20 del pasado.

Mucho agradezco a usted su eficacia al remitir la letra por valor de 1,087 pesos 43 centavos, a cuenta de los 8,000 asignados como contingente a ese estado.

No dude usted que el batallón de Chiapas sea eficazmente atendido, pues si bien no es posible, como usted desea, dedicar la mencionada suma a sus necesidades, lo que importaría tener que destinar en particular a las fuerzas de cada estado las remisiones que hagan a cuenta de los contingentes que se les ha señalado, sí se dedican todos éstos en común a las atenciones del ejército de Oriente.

Agradezco a usted también la idea que me propone sobre emisión de ocho a diez millones de pesos en cobre, lo que está en vía de ejecución para fines de este mes, aunque en menos cantidad por ahora; pero veré si se aumenta ésta, proporcionando algún cobre a la empresa.

Suyo afectísimo amigo, s. s. q. b. s. m.

Benito Juárez

EL GENERAL HINOJOSA CONSIDERA A ZARAGOZA HOMBRE  
NECESARIO

Pachuca, septiembre 7 de 1862

Señor ministro don Miguel Blanco  
México

Mi estimado compañero y amigo:

A las nueve y media de la mañana de hoy, recibí la apreciable carta de usted de ayer y en el acto dispuse por medio de extraordinarios, para aprovechar el tiempo, que se proceda a la construcción de los sacos a tierra de que me habla, sobre cuyo precio y tiempo que se necesite para hacerlos, avisaré a usted por el correo, porque es un particular acerca del cual tengo que informarme para celebrar la contrata.

No dude usted que en atención al objeto interesante y urgente a que esos costales se destinan, procuraré con la mayor actividad y posible economía que queden contruidos y remitidos a ésa con toda prontitud.

Mucho siento la gravedad en que se encuentra el general Zaragoza, tanto por el cariño que personalmente le profeso, cuanto porque sus servicios en el ejército de Oriente hacen tanto más falta en las presentes circunstancias, cuanta éstas son del momento que es indispensable aprovechar. El renombre de este general en la campaña contra la reacción, en que hemos sido compañeros para satisfacción mía; el prestigio que adquirió con el glorioso triunfo sobre los franceses en Puebla y el conocimiento que tiene ya de las fuerzas que ha mandado, ya del terreno que ha ocupado hace algún tiempo, lo presentan como el hombre necesario y con dificultad de substituirlo por lo pronto. Yo temo

mucho, mucho por su vida, pues el tifo es una enfermedad horrible de que pocos logran escapar.

Agradezco a usted infinito el aprecio que hizo de mi recomendación en favor de Maya y no olvidaré nunca la designación que tuvo en mandarle extender el despacho de coronel de auxiliares del ejército; yo no esperaba menos de la bondadosa amistad con que usted me honra y por lo que comprenderá que soy incapaz recomendarle persona que no sea de provecho.

Consérvese usted con salud y disponga de la buena voluntad, con que sin tener más que decirle por ahora, se le repite afectísimo amigo y compañero que desea complacerle y b. s. m.

Pedro Hinojosa

EL ADMINISTRADOR DE LA ADUANA DE MATAMOROS  
INFORMA A JUÁREZ

Matamoros, septiembre 8 de 1862

Señor presidente don Benito Juárez

Mi amigo y señor:

He recibido la grata de usted de 22 de agosto próximo pasado y celebro infinito que toda la familia se encuentre sin novedad.

He recibido las órdenes de que me habla usted y agradezco, como es debido, la confianza que se sirve dispensarme el gobierno, al aprobar mis actos en el desempeño de la comisión que tuvo a bien conferirme.

Grandes esperanzas voy concibiendo de arreglar esto muy satisfactoriamente, pues no he encontrado la resistencia que creía al principio en el comercio y más la encuentro en la inercia de los empleados y arbitrariedades de don Santiago, pues se ha empeñado en cogerse los derechos de exportación de las conductas que salen de Monterrey para este puerto, cuando no tiene pretexto para ello porque todas las fuerzas del Estado las lleva el señor Comonfort y él nada le remite.

Creo que sería bueno que el gobierno lo extrañara fuertemente por la infracción que contra la ley expresa comete y, si esto no fuese bastante, que se le acusara ante el Congreso, pues esto le serviría de correctivo para que nos dejara arreglar y moralizar esta parte de frontera, hoy que la oportunidad es tan buena.

Hoy doy cuenta al ministerio de Hacienda con lo que ha ocurrido a la llegada de la conducta de Monterrey que trajo \$411,000 y no vino mayor cantidad porque no quisieron pagar los derechos en Monterrey y

después aquí, de modo que todos los comerciantes que tenían su crédito comprometido si no mandaban fondos a Europa, se resolvieron a traerlos pagando allá los derechos y creyendo que aquí se les tendría más consideración que la que el señor Vidaurri.

El administrador trató de exigirles aquí los derechos y todos ellos hicieron abandono de sus caudales, que quedaron depositados en la aduana, hasta que dispuse que otorgasen una fianza y sujetáramos a la decisión del gobierno la dificultad; apercibidos de que cualquiera cantidad que llegue después, se le cobrará irremisiblemente, los derechos en el acto de entrar.

Como les he apretado tanto para hacerlos entrar al buen camino y como he dicho antes no he encontrado la resistencia que creía, me parece que acceder a su solicitud en este negocio sería acabarlos de amansar y todo marchará muy bien para lo sucesivo; por esta razón, suplico a usted que si lo tiene a bien, se les despache favorablemente este negocio.

Cuando llegué aquí, los pesos del gobierno no valían más que real y medio, y hoy pasan de seis reales y creo que no acabará el mes sin que estén a la par.

Como a mi llegada echaron todos los efectos fuera y no hicieron pedidos, lo que se consiguió para la salida de las fuerzas de Capistrán y Quiroga, ha dilatado en pagarse, pero poco falta para que concluya y esto será la oportunidad de sacar algunos fondos para remitir a México.

Si consigo quien me dé \$100,000 en letras sobre México y \$100,000 en bonos pagaderos, los \$200,00 con el 80% de los derechos que causen, hago el negocio y por extraordinario le remito esa suma, pues en tal negocio sólo se perderá el 37.20%, que me parece poco en las actuales circunstancias. La operación será la siguiente:

Derechos negociados .....		\$ 250,000
En letras sobre México .....	\$ 100,000	
Valores \$ 100 000 en bonos al 7% .....	\$ 7,000	
20% pagadero al causar los derechos .....	\$ 50,000	
37.20% sobre \$ 250,000 .....	\$ 93,000	
		\$ 250,000

Si un negocio de esta naturaleza se reservara para hacerlo en el mes entrante, sólo se perdería el 20 o 25% pero lo considero a usted sin dinero y quisiera mandarle alguna cosa de importancia para contribuir en algo a salvar los apuros del gobierno.

Si el ministerio de Hacienda no hace algunos negocios sobre esta aduana, creo que al descargarse esta oficina, no sé si me equivoco, podré remitir a México 100,000 pesos mensuales, después de pagados los \$250,000 de la anterior operación.

Sentiré mucho que esta operación no merezca la aprobación del Supremo Gobierno, pues, según todos los negocios que he visto hacer en tiempos menos aflictivos, ninguno ha sido mejor que éste en razón de que los pesos se han vendido en menos de cuatro reales.

En La Habana va a resultar un sobrante de 10,000 fusiles ya usados, porque al ejército español le mandan armamento nuevo; me lo han ofrecido en venta y he dicho que si me los dan a tres o cuatro pesos, los tomo; no he cerrado trato todavía.

Los 6,000 fusiles nuevos que me autorizó el ministro para comprar, me los ofrecen a 20 pesos; además de lo caro, quieren que si los cogen los franceses, los pague el gobierno de México, como si los hubiera recibido. No he admitido tal propuesta.

A Tuxpan, están yendo todos los buques que venían destinados a Tampico. Desearía que mandara usted allá de administrador una persona de toda confianza, para que la Hacienda Pública no pierda nada, por abandono, ineptitud u otra causa.

Deseo que usted se conserve bueno y, con finos recuerdos a mi comadrita y demás familia, me ofrezco, como siempre, su verdadero amigo que atento b. s. m.

Juan A. Zambrano

JUÁREZ DA INSTRUCCIONES A ZAMBRANO  
SOBRE LA ADUANA DE MATAMOROS

México, septiembre 26 de 1862

(Señor Juan Zambrano)  
(Matamoros, Tamaulipas)

Me he impuesto con satisfacción de la esperanza fundada que abriga de arreglar completa y satisfactoriamente aquellas aduanas. Mucho le agradezco sus trabajos, actividad y empeño, celebrando que haya encontrado en el comercio mucha menos resistencia de la que era natural esperarse. Como el señor Vidaurri está dedicando las rentas federales a auxiliar al señor Comonfort y sus fuerzas, no es posible por ahora hacerle el extrañamiento que me dice; pero luego que llegue a esta capital la división que es al mando de aquel señor, podrá el gobierno hacer que las remita puntual y eficazmente. El ministro de Hacienda ha resuelto favorablemente y como usted desea la consulta que le hizo sobre cobros de derechos a los caudales que llevó la conducta de Monterrey, por ser justas las razones que usted expone para tener contento al comercio. Me parece bueno el negocio que estaba para hacer de 250,000 pesos y le suplico que cuanto antes nos remita las letras. Procuraré, con empeño, que no se haga ningún negocio sobre esa aduana, para que podamos contar con los 100,000 pesos mensuales seguros, que usted me ofrece. Si usted cree útil y en buen estado los 10,000 fusiles usados que le venden en La Habana, será conveniente que los compre al precio cuando más, que me indica. Ha hecho bien en no admitir la propuesta que le hicieron para la compra de los 6,000 fusiles nuevos, que le encargó el ministerio. Tendré presente su indicación respecto de mandar una persona de toda confianza a Tuxpan. Le doy el más sincero y cumplido pésame por la



horrible desgracia que con la muerte del señor Zaragoza hemos sufridos todos sus amigos y los mexicanos todos.

Benito Juárez

JUÁREZ PIDE A UN PATRIOTA  
RETIRE SU RENUNCIA POR BIEN DE LA PATRIA

Alvarado, septiembre 9 de 1962

Señor don Benito Juárez  
México

Muy señor mío de mi aprecio:

La reputación de los hombres que ocupan puestos públicos debe ser como un espejo y, desde el momento en que el soplo de la maledicencia se ceba sobre él, debe abandonar ese puesto y pedir un juicio para vindicar no su persona solamente, sino la representación del gobierno que reside en él.

El periódico de Jalapa me ha herido cruelmente y como tiene carácter oficial, no he querido continuar un solo momento desempeñando mi cometido, sin que he renunciado para que se me juzgue.

Fui víctima de un motín promovido por los guerrilleros del llano de Toluca, que querían les entregara una presa sin que hubiera sido probada la legitimidad de su captura, como usted habrá sabido.

Aunque deje la comandancia, no por eso dejo de ser mexicano y ahora y siempre derramaré mi sangre por nuestro adorado suelo.

Como particular, me honro con la amistad que usted se ha dignado demostrarme y puede usted estar seguro de que siempre tendrá en mí su adicto y respetuoso servido q. b. s. m.

Ambrosio Larragoytia

[Nota autógrafa de Juárez]

Siento infinito y muy sinceramente su separación de la comandancia militar de aquellas costas, tanto más cuanto que creo que no tuvo razón para hacer su renuncia pues, convencido de que la autoridad estaba satisfecha de su buena conducta y útiles e importantes servicios, no debía obrar guiado sólo por lo que dijera un periódico. Espero, pues, que vuelva a desempeñarla para bien del país.

DOBLADO SE DISCIPLINA A DECISIONES DEL GOBIERNO

Piedra Gorda, septiembre 9 de 1862

Señor presidente licenciado don Benito Juárez  
México

Muy señor mío y apreciable amigo:

Estoy conforme y obedeceré la revocación de la autorización que se me había dado para disponer de las rentas generales de San Luis Potosí. El traspaso que de ella se ha hecho al señor Comonfort dará muy buenos resultados al gobierno.

El señor ministro de la Guerra me recomienda, en oficio reservado, que active la campaña de la sierra y que tenga listas todas las fuerzas de este estado para marchar a esa capital a primera orden. He contestado como debía, asegurando que será fielmente cumplido aquel mandato. Pero a usted en lo particular me tomo la libertad de recordarle lo que le dije al despedirme, que no es posible emprender aquella campaña sino a principios de noviembre y entrando simultáneamente tres brigadas, una por Peña Miller, otra por la colonia de San Ciro, otra por Cerro Prieto procedente del estado de México. Obrar de otro modo es ir a perder la tropa, robustecer a Mejía con el armamento que se le deja y con la nota de invencible que adquiere y hacer un paseo militar por el interior de aquellas montañas que será estéril, y no producirá el resultado que se apetece.

En el ministerio de la Guerra existe el plan de operaciones que yo formé y remití el año pasado desde San Luis Potosí, con los itinerarios y detalles correspondientes. Sírvase usted pedirlo y tomarlo en consideración y, si después piensa usted como yo, sírvase advertir al

señor Blanco que no ponga esas órdenes de oficio que me comprometen, porque me hacen aparecer, cuando menos, omiso y poco eficaz en el cumplimiento de mis obligaciones; cargo que no quiero aceptar porque no creo merecerlo. Recuerde usted que le dije que venía a pasar septiembre a este pueblo y que, entretanto, nos limitaríamos a obligar a Mejía a refugiarse en el corazón de la sierra, mientras pasa la estación de las aguas.

Por los partes del general Alcalde, habrá usted visto que el objeto se ha logrado cumplidamente; que Tolimán fue incendiado y que nuestras tropas están situadas de tal manera, que el primero que salga será derrotado.

Puede ser que yo me haya preocupado en esa cuestión, y que haya otro jefe para quien sea posible lo que para mi limitada capacidad militar parece imposible. Si así fuese, haga usted que se nombre a ese jefe. Yo veré ese nombramiento con gusto y de la misma manera vería la terminación de aquella campaña, de cuya conveniencia estoy tan penetrado como el que más.

Por último, es deber mío manifestar a usted que cuando se me dé la orden de marchar a ésa, se tenga presente que evacuados estos estados de Guanajuato y Querétaro, los ocupará Mejía, y nos quedaremos hasta sin retirada en caso de un desastre en la capital de la República.

Ofrecí a usted hablarle en lo privado con la intimidad y verdad de un amigo, y en esto encontrará usted el cumplimiento de mi promesa, que lo será más todavía con la obediencia ciega a todas sus resoluciones.

Aquí estoy como siempre a las órdenes de usted y deseándole buena salud, me repito su más adicto amigo y seguro servidor q. s. m. b.

Manuel Doblado

GONZÁLEZ ORTEGA DESCONOCÍA LOS PLANES DE  
ZARAGOZA

Palmar, septiembre 10 de 1862

Señor Dr. Don Antonio C. Ávila  
México

Mi querido y recomendable amigo:

Me he impuesto del contenido de tu apreciable de 6 del corriente.

En mucho aprecio tus lógicas y juiciosas observaciones, pues sólo veo en ellas tus patrióticos deseos de que acierte en todo y por todo, para bien de nuestra infortunada patria.

Mi norte será este solo: llenar los deberes que tengo como caballero, como soldado y como demócrata, sin que por esto ignore, como no ignora ningún hombre público que sirve a su patria, que cuando hablan las pasiones y los intereses todo enmudece, aun la voz del bien precomunal; pero repito que esto no es una novedad en el mundo, sino un principio, si así puedo expresarme, que conocen todos. Te diré que estoy resuelto a aceptar todo, todo, en medio de la situación violenta y de prueba en que nos hallamos, menos aquello que pueda arrojar sobre mi nombre la más ligera mancha.

Como estaba interinamente al frente del ejército y esperando el restablecimiento del señor general Zaragoza para devolverle el mando, no me había dirigido al primero manifestándole mi programa, esto es, mi modo de ver en general la cuestión del día en lo que sólo tiene relación al ramo militar o, por mejor decir lo que la tropa debe esperar de mí, pues ya sabes que el soldado no tiene voluntad propia para expedir,

consecuente con ella, un programa, porque el mérito del soldado consiste esencialmente en su lealtad, obediencia y subordinación.

Todo lo he puesto en movimiento. Pocos, muy pocos días, nos quedan ya expeditos; pero éstos los voy a emplear en preparar nuestra defensa con cuanta actividad me sea posible.

Ya no es fácil formar un nuevo plan y tomar la iniciativa; el tiempo pasó y hoy sólo tenemos el necesario para aceptar los sucesos tal cual se presenten. El gobierno está firme y el pueblo es fuerte y, por lo mismo, la libertad debe salvarse.

Mi programa en la vía de los hechos, si es que debo tenerlo, será la energía y la actividad y, para esto, pienso pedir al señor presidente que ensanche mi círculo de acción por estos rumbos, proclamando la ley marcial en estos estados invadidos ya por el enemigo extranjero. Quiero aceptar toda la responsabilidad que tiene ante la opinión, ante la historia y ante su propia conciencia, el general en jefe; pero quiero tener también todo el poder necesario para hacerle frente a la tempestad que tenemos sobre nosotros.

Supongo que todo se me concederá y más cuando estoy viendo que el señor presidente no omite medio alguno para salvar a la democracia, a la independencia y al honor nacional. Además, el gobierno tiene el derecho de mandarme ahorcar o separarme del puesto, si no lleno los deberes que he contraído con el mismo y con la nación.

Ante la fuerza de voluntad, se inclinan muchas veces los acontecimientos. Tal vez la actitud en que se encuentra el gobierno, haga que los que se preparan tomen un rumbo distinto. No creas que esto lo espero de la política o de la diplomacia, sino del poder de las armas, pues tengo la convicción de que en el estado a que han llegado las cosas, sólo a balazos podremos salvar la situación, ya sea perdiendo, ya sea ganando.

Tales fueron las dificultades en que me encontré en la última revolución y que tú presenciaste mil veces, que ya las que me rodean ahora no tienen para mí novedad alguna, ni hacen en mi alma la más mínima mella.

Antes de ayer y a la hora que menos lo esperábamos, recibimos en esta población la funesta noticia de la muerte del demócrata y valiente

general Zaragoza. Esto causó entre nosotros, como era natural, una consternación profunda. Hacía ocho días que en unión del mismo señor general Zaragoza y del señor general Negrete, vimos todos los cerros que se hallan en la circunferencia de las Cumbres de Acultzingo y todas las avenidas y sinuosidades de aquellos montañosos terrenos. Después nos despedimos en la cañada de Ixtapa y ya no volví a ver al amigo y al compañero que acaba de desaparecer de entre nosotros. Al hacer esta expedición yo estaba con un fuerte quebranto en mi salud y me alivié completamente con la fatiga del día; el general Zaragoza estaba sano y con la expedición, se contrajo instantáneamente la enfermedad que lo llevó al sepulcro.

He sentido la muerte de este compañero, no sólo por lo que tiene relación a la amistad que mediaba entre nosotros, sino muy especialmente por lo que afecta a los intereses públicos. Él debe haber formado un plan de operaciones militares y, como es natural, debe haber estado en todos sus incidentes y pormenores y previsto todos los tropiezos y dificultades que pudieran interponérsele para la realización de su plan. El desarrollo de éste, nadie, pues, podía haberlo ejecutado con más facilidad y con más buen éxito que el mismo que lo había concebido y más cuando había tenido tiempo para estudiarlo y meditarlo, según se los he manifestado ya a otros amigos.

Por lo que a mi toca, te diré que no sabía nada, absolutamente nada, del plan de operaciones, ni procuraba saberlo, porque me bastaba tener conocimiento de que el ejército lo mandaba un demócrata y que en México había un gobierno que trabajaba por salvar la Reforma y las instituciones democráticas; así es que estaba sumamente contento, limitado al mando de la división de Zacatecas y sin más responsabilidad que la de hacer pelear esas fuerzas en defensa de los caros intereses que hoy tenemos en cuestión.

Esto no obstante, he procurado, con cuanta rapidez me ha sido posible, ponerme al corriente de todo y hasta ahora he aprovechado en parte mis deseos.

Creo que saldremos bien; mas, si esto no es posible, por uno de tantos caprichos como tiene la guerra, quedará al menos bien puesto el



honor nacional y el gobierno no tendrá que arrepentirse de haber confiado sus armas a mi lealtad, así como yo no me avergüenzo ni me he arrepentido hasta hoy de alguno de los actos de mi vida pública.

Consérvate bueno y manda lo que sea de tu agrado a tu amigo.

Jesús González Ortega

## LÓPEZ URAGA RECLAMA A SALIGNY

Guanajuato, 10 de septiembre de 1862

Señor conde (Alphonse) Dubois de Saligny

Muy señor mío:

Acabo de leer en el *Heraldo* de 29 de agosto último, publicada la correspondencia de usted con el capitán general de Cuba y presentada al Congreso español, un párrafo dedicado todo a mi persona. Yo me reservaría para pedir a usted explicaciones alguna vez, si la última parte de dicho párrafo no me forzara a dirigírmele por medio de la prensa. Dice usted: “El general (López) Uruga, nombrado general en jefe del ejército de Oriente, es un hombre de cincuenta y tantos años, bastante valiente, pero ligero, presuntuoso, falso en extremo y embustero como un mexicano; pero, a lo menos es militar; ha perdido una pierna en el sitio de Guadalajara y como ha viajado y visto la Europa, se halla en disposición de comparar y juzgar; no se hace, pues, ilusiones y me lo ha dado a entender muy claramente, comiendo días pasados en mi casa”.

¿Qué ha querido usted decir con esto, señor conde? ¿Es acaso que yo, por un solo momento, haya creído en la dominación y exterminio con que usted nos amenazaba siempre? ¿Es que me vio usted algún instante, cobarde o débil, temer por la suerte de mi país? ¿Será porque, franco y leal, convine en la supremacía del ejército francés, en los grandes recursos que Inglaterra, España y Francia podrían desplegar contra México y porque sin presunción creí que tendríamos mucho que sufrir y muy costosos sacrificios que hacer para defendernos? ¿No siempre fue mi opinión ante usted que nunca triunfaría la intervención y menos reunida a los reaccionarios; que jamás dominaría a la República? Cuando

yo mismo enumeraba a usted el valor y el poder de las naciones que nos atacaban, cuando le decía a usted con lealtad que seríamos derrotados mil veces, sin exageración ni presunción ¿No le sostenía a usted que jamás pacificarían al país y sería tal la revolución, que no bastarían fuerzas para hacernos perder nuestra independencia y que la empresa sería de tal manera insostenible, que al fin nos abandonaría a nuestra suerte?

Señor conde, entre nosotros han pasado cosas muy graves, que la ligereza con que usted se expresa y la calificación desfavorable y ofensiva que de mí hace, me autorizan a descubrir en parte y aun proponerle que, si le parece, no quede entre nosotros misterio o secreto alguno. No es por devolverle a usted insulto por insulto, señor de Saligny, pues no es éste mi carácter, ni como mexicano ni como soldado; pero usted no puede ser creído sobre su palabra y como, en la mayor parte de nuestras conversaciones, tenemos afortunadamente testigos irrecusables y una larga correspondencia ¿quiere usted publicar la una y apelar a los otros? ¿Recuerda usted, al menos, nuestra última entrevista en la Tejería en 25 de diciembre próximo pasado, en cuyo lugar, recibiendo usted mi hospitalidad, porque estaba usted en mi país, en mi casa y en mi mesa, abusó usted de lo que me debía como amigo, como huésped y como general de las tropas mexicanas? Y ¿recuerda usted que con un tono enfático y remarcándome que hablaba como ministro de Francia y a nombre del emperador, me propuso usted el bastón de mariscal, el título de duque y la posición más elevada si desconocía al señor Juárez y tomaba a mi cargo el arreglo de un nuevo gobierno, porque nunca trataría la Francia con el actual? ¿Recuerda usted, señor Dubois, mi respuesta y mi indignación mal comprimidas? Tal vez no, por lo que necesito recordarle, que Mr. de Chaillé, capitán de Marina y comandante de la fragata "Le Foudre", estuvo delante en mucha parte de nuestra conversación y, con su alma de francés y su corazón de soldado, tomó parte por mí y manifestó su disgusto de que a otro soldado se le ofendiese con tales proposiciones, y yo apelo a la caballerosidad y nobleza de este bravo militar y sepa usted, señor de Saligny, que ni mi gobierno ni mis amigos han tenido conocimiento de este hecho, que un presuntuoso pudo decantar, un ligero publicar y sólo un hombre de honor

callar y sufrir y sepa usted también, que nunca, ni aun en mi país en medio de sus continuas conmociones, se ha atrevido nadie a seducirme o a intentar cohecharme para un cambio.

Pero, lo repito, usted tiene mi correspondencia toda, toda, escrita con la que usted llama ligereza y que yo califico de franqueza y lealtad que es la norma de mis acciones; publíquela usted y, si se atreve a darla toda a luz, yo espero tranquilo el fallo de los hombres de honor, aun sobre lo que usted llama no hacerme ilusiones.

En esta misma entrevista a que me he referido, recordará usted que me amenazó con que las operaciones del ejército español iban a comenzar y que la Tejería y San Juan serían ocupados al día siguiente por el general Gasset, ¿recuerda usted mi respuesta?, recuerda usted mis operaciones como resultado de su amenaza? señor Saligny, usted, al calificarme, se ha equivocado, como en todo lo que ha juzgado de México y equivocó la moderación y cortesanía del militar en los salones y en los combates y, después, su resolución y energía en el trato de la guerra, con la presunción y ligereza.

Es usted, señor, un triste diplomático que ha comprometido en México el honor de su país y la reputación de sus valiente hijos; permítame usted que le diga mi juicio y que, como justificación evidente de que no soy falso, me reserve las pruebas. Usted nada ha sabido juzgar y cuando me creía sin ilusiones, debo hacerle saber que mi gobierno tiene varios despachos míos en que le ofrecía que las fuerzas aliadas, tal cual estaban en el mes de enero, no pasarían mis posiciones, ni aun derrotándome cuatro veces. La susceptibilidad de los mexicanos, cuando se habla de defender su independencia y su país, es extrema y yo no puedo ni por un momento dejar pasar desapercibida y sin rechazar de un modo absoluto, la idea que se permite usted emitir, de que no me hacía ilusiones en la guerra de intervención.

Por lo mismo que he viajado y me concede usted conocer la Europa, he podido ante usted y ante otros muchos europeos juzgar y apreciar nuestras ventajas para rechazarla y nuestro estado actual, sin goces y medio salvaje, como ha calificado usted el de México, es una

ventaja en las circunstancias, pues los mexicanos sabrán llevar la vida nómada sin extrañar el bienestar y las comodidades de la civilización.

Esto he dicho a usted, lo he dicho al honorable Mr. Wyke, tal vez al almirante La Gravière y a los generales de la coalición y desafío a usted a que, con apoyo de los mismos franceses, rectifique la gratuita calificación que de mí hace. Es usted inconcebible, señor conde; le ciegan sus pasiones, le dirigen sus odios y no ve ni lo que lo rodea. Heterogéneo en un campo de bravos y dignos militares, cuando me separé del mando del ejército de Oriente, tengo pruebas de haber traído la estimación de los generales enemigos, granjeada por el cumplimiento de mis deberes como mexicano, como enemigo leal y franco, como buen patriota y buen contrario. Sólo usted, señor conde, que pronto será conocido y juzgado en su país y por su gobierno, puede ofender, como lo ha hecho, a quien alguna vez le recordará de nuevo esta especie y es su servidos q. b. s. m.

José López Uruga

NEGRETE LAMENTA LA MUERTE DE ZARAGOZA

Palmar, septiembre 11 de 1862

Ciudadano ministro de Guerra,  
general Miguel Blanco  
México

Muy respetable señor general:

Con grata satisfacción he visto su apreciable del 9 del que cursa, cuyo contenido me impone del extraordinario empeño con que se digna usted acceder a mis exigencias; pero ¿qué quiere usted que haga?, sólo así es como pueden remediarse los males y faltas y usted el único que debe ver y proteger a este ejército.

Me anticipo por todo dar a usted las gracias respectivas, repitiendo mis súplicas no olvide un momento a sus fieles defensores que atraviesan diariamente por infinidad de penalidades y, por mi parte, serán cumplidas todas sus órdenes.

No puede formarse comparación del profundo sentimiento que ha causado la muy lamentable pérdida de nuestro general Zaragoza y como es de suponerse haya sucedido otro tanto en esa ciudad y al Supremo Gobierno; doy a usted por tan funesto acontecimiento los más justos pésames y desde aquí lo acompaño en su sentimiento.

Queda de usted su afectísimo y subordinado amigo que atento s. m.  
b.

Miguel Negrete

VIDAURRI MANDA DOSCIENTOS SOLDADOS

México, septiembre 12 de 1862

Señor don Santiago Vidaurri  
Monterrey

Estimado amigo y señor:

Por su apreciable de 27 del pasado, me impongo de que han salido 203 hombres para unirse a la división del Norte, y de que estaba disponiendo la salida del resto del contingente de ese estado.

Le agradezco infinito su eficacia y deseo de servir al gobierno, y me repito su afectísimo amigo y servidor que lo aprecia y b. s. m.

Benito Juárez

GONZÁLEZ ORTEGA CONCENTRA ARTILLERÍA EN PUEBLA

Palmar, septiembre 14 de 1862

Señor general don Miguel Blanco  
México

Mi querido amigo y compañero:

No hay cosa importante que comunicarle. Continúo trasladando con toda rapidez a Puebla todos nuestros materiales de guerra; lo mismo he comenzado a hacer con los que tenemos en Perote.

No se alarme usted con que todos esos elementos de guerra estén reuniéndose en Puebla: tengo necesidad de hacerlo así; un poco más tarde comenzará a trasladarlos para México. Por ahora es necesario emplear todos nuestros medios de transporte en conducir a Puebla esos mismos elementos que tenemos diseminados en una grande extensión y que están expuestos a perderse si no los salvamos con toda prontitud, pues creo que el enemigo, luego que le lleguen los primeros refuerzos de Veracruz, procurará ensanchar su círculo tomándonos a Chalchicomula o Tehuacán; pero aun para evitar esto, ya tengo tomadas las medidas que he creído a propósito.

47 piezas de sitio son las que necesito en Puebla, según los datos e informes que acabo de recibir del coronel Colombres. Le repito que todas las piezas y proyectiles que me sobren, se los remitiré a México oportunamente.

He dispuesto que el citado coronel Colombres se vuelva mañana para Puebla y que le acompañen otros dos ingenieros de los que tenemos en las Cumbres, con el objeto de que active los trabajos de las



fortificaciones de aquella ciudad, que sé no están muy adelantados, que digamos.

No tengo tiempo de escribirle al señor presidente; tenga usted la bondad de manifestarle ésta y dársela por suya.

Su amigo y compañero que lo aprecia.

Jesús González Ortega

## VIDAURRI SE MUESTRA PUNTILLOSO

Monterrey, septiembre 14 de 1862

(Señor presidente don Benito Juárez)

Mi muy estimado amigo y señor:

Con satisfacción me he impuesto de su apreciable de fecha 2 del presente, porque veo en ella la amable deferencia de usted en adoptar la idea que le propuse de remitir al teatro de la guerra a los que resistan el pago de las cuotas que se les asignen, para cubrir el contingente del numerario asignado a los estados.

Quedo enterado de que respecto a rentas generales debo entenderme con el señor Comonfort, a quien se le ha facultado para que disponga de las de varios estados, incluso el de mi cargo.

Tengo el sentimiento de ocuparme de desvanecer una equivocación, debida acaso al poco cuidado del que redactó la apreciable que contesto. Me dice usted que la mantención de las familias de los que han marchado a campaña, hijos de este estado, no deben ser mantenidas por el gobierno. Estoy de acuerdo con ese concepto, pero no es el gobierno quien las mantiene, sino sus mismos deudos dejan de percibir de sus haberes la parte que se les da a sus familias; pues se empeñan en que a éstas no les falte, aunque ellos sufran hambre; siendo tal este asunto, que si supieran que sus familias padecen necesidades tendríamos una deserción espantosa e inevitable. Esto supuesto, se persuadirá usted que la mantención de las familias se hace por cuenta de los mismos

soldados y oficiales a quienes se les deduce de sus haberes lo que aquí perciben sus deudos.<sup>2</sup>

Con el aprecio sincero que le profeso, me repito suyo afectísimo, amigo y servidor q. b. s. m.

Santiago Vidaurri

---

<sup>2</sup> En una carta que Vidaurri escribió a don José M. Mata por el mes de junio de 1858, le dice que gasta más de 30,000 pesos en el sostenimiento de las familias de los soldados de Nuevo León y Coahuila que andan en campaña, agregando: “Este gasto es tan apremiante que si no se hace, las mujeres, madres e hijas de los soldados les escribirán diciéndoles que no se les da la parte de sueldo que les han dejado y esto bastará para destruir nuestro ejército, porque la desertión sería inevitable y yo no podría ni castigar a los que la cometan; pues esta gente es muy amorosa con sus familias y cuando saben que éstas están socorridas, se sujetan a comer sólo carne”.

INSISTE GONZÁLEZ ORTEGA EN CONCENTRAR LA  
ARTILLERÍA EN PUEBLA

Palmar, septiembre 15 de 1862

Señor presidente don Benito Juárez  
México

Mi querido amigo:

Anoche dio la vuelta el oficial que mandé a Perote. Me ha traído una relación de todos los elementos de guerra de primer orden que tenemos en Perote, sumamente circunstanciado. Necesitamos para trasladar a Puebla 50,000 arrobas, 150 carros. Disponibles contamos con pocos, pues aunque el número total que hay en el ejército no es pequeño, la mayor parte de ellos se emplean diariamente en acarrear víveres y pasturas para las divisiones, sin cuyo auxilio concluirían las fuerzas en cuatro o seis días. Esto no obstante, he quitado a cada una de las divisiones parte de sus medios de transporte, para evitar la pérdida de muchos de nuestros elementos de guerra que tenemos diseminados en una vasta extensión de terreno y cuya pérdida utilizaría el enemigo con grave, gravísimo perjuicio nuestro. Por lo mismo, si puede usted mandarme 40 o 50 carros, me haría sí un servicio extraordinario, en el concepto que sólo me serviría de ellos 15 días.

Si estos carros vienen después de 14 días ya no me servirán.

He recomendado muchísimo al señor coronel Colombres la conclusión de las fortificaciones de Puebla. Sírvase usted recomendar esto mismo al señor general Mejía, que es en este negocio la rueda motriz; hablo respecto de facilitar trabajadores. Si las fortificaciones de

Puebla las vamos a concluir a última hora y a carreras, quedan naturalmente malas y nos exponemos mucho.

El citado señor coronel Colombres me ha ofrecido activar por su parte este trabajo cuanto le sea posible.

Sigue trabajándose en la fortificación de las Cumbres. Pasado mañana se situará en aquel punto la división Berriozábal, esto es, una parte de ella. Este trabajo lo he continuado más bien como una medida estratégica, que porque lo crea de alguna utilidad en el ramo a que corresponde. Ya hablaremos respecto de muchas cosas.

Hoy espero carta de usted.

No le he escrito al compañero Blanco. Tenga usted la bondad de manifestarle ésta, pues a uno y a otro quiere tenerlos al corriente.

Su amigo que lo aprecia.

Jesús González Ortega

[Aumento]

También se necesitan urgentemente 2,000 saquillos a tierra que oficialmente pidió el citado señor coronel al señor ministro de la Guerra. También le recomiendo a usted esto mucho, así como de que se nos remitan los referidos sacos oportunamente.

DESPECTIVA ACTITUD DEL GOBIERNO ESPAÑOL

Señor don Juan Antonio López de Cevallos

La reina, nuestra señora, se ha enterado del despacho de vuestra señoría [V. S] número 45, de 25 de julio último, al que acompaña dos sueltos importantes de un periódico y la carta del general Doblado en que manifiesta serle imposible contener a la prensa.

El gobierno de su majestad aprueba la reclamación que V. S. ha hecho pero no cree necesario repetirle, aun cuando ocurran otros hechos semejantes, porque sabe que el de la República no tiene fuerza ni tal vez estará animado de la suficiente voluntad para reprimir los desafueros de los periódicos.

De Real orden lo digo a V. S. para su conocimiento y en contestación.

Dios guarde a V. S. muchos años. Córdoba, 16 de septiembre de 1862.

Saturnino Calderón Collantes

## EXPLICA GONZÁLEZ ORTEGA A JUÁREZ SUS MOVIMIENTOS

Palmar, septiembre 16 de 1862

Señor presidente don Benito Juárez  
México

Mi querido amigo:

Hoy he mandado para Perote 56 carros, incluso los que llegaron ayer con la conducta.

También he mandado para Puebla ocho piezas de batalla y cuatro carros de municiones de las mismas piezas, con el objeto de que los 12 tiros de mulas se vuelvan inmediatamente para Perote y me conduzcan, de aquella fortaleza para este cuartel general, otras ocho piezas y cuatro carros de municiones que están en la misma fortaleza sin acémilas y sin atalajes.

Tengo situadas ciento y tantas mulas en Amozoc, igual número en Acatzingo y otras también igual en esta población. Se ocupan todas ellas diariamente en conducir parque y proyectiles para Puebla, levantando la carta una de estas partidas de acémilas, al mismo tiempo que la otra la deja.

Según me dice el señor general Negrete, recomendó a usted o al señor ministro de la Guerra, por medio del telégrafo, que se remitieran algunos carros para Puebla, a fin de que condujeran de aquella ciudad para México materiales de guerra. Tenga usted la bondad de decirle al compañero Blanco, que por hoy no se emplee ningún medio de transporte de Puebla a México, sino que los 40 o 50 carros que me mande —y cuyo envío le encarezco hasta donde es posible a mi citado compañero— pasen hasta este cuartel general. Después que hayamos salvado todo esto queda

libre y expedito el ejército de Oriente para moverse hacia donde lo exijan las conveniencias y las circunstancias y, en consecuencia, queda también asegurada mi retaguardia, que son Puebla y México, entonces, pues, emplearemos entre esas dos ciudades todos nuestros medios de transporte. En este sentido le he dado también al señor general Negrete las órdenes correspondientes.

Voy a recorrer toda nuestra línea; después me iré a visitar a Puebla y de aquella ciudad marcharé a tener una entrevista con ustedes. No quiero que sepa esto persona alguna. Toda mi marcha será rápida y violenta.

No creo que salgan los franceses por ahora; esto no obstante, estaré examinando lo que haya en Orizaba respecto de movimientos y obraré según lo crea conveniente.

Si se verifica mi marcha, le diré a usted de Puebla por el telégrafo: “Va uno de mis ayudantes a tener con usted una entrevista”.

Ya sé que es lo mismo escribirle a usted que al compañero Blanco respecto de todos estos negocios. Tenga usted, pues, la bondad de manifestarle ésta.

Su amigo que lo aprecia.

Jesús González Ortega



EL GOBIERNO ESPAÑOL VE CON MENOSPRECIO AL  
GOBIERNO MEXICANO

Señor don Juan Antonio López de Cevallos

Enterada la reina, nuestra señora, del despacho de vuestra señoría [V. S.] número 47, de 27 de julio último, en que remite copia de un proyecto de tratado que ha sido rechazado por el gobierno de México, su majestad [S. M.] se ha servido disponer prevenga a V. S. que se arregle a las instrucciones que se le han comunicado en las Reales Órdenes de 7 y 24 de julio último, de las que acompaño adjunta copia por si las primeras hubiesen sufrido extravío.

Todas las conferencias que V. S. ha tenido con el señor Doblado y las comunicaciones que han mediado entre los dos, demuestran que no fue equivocado el juicio que formó el gobierno de S. M. respecto a la conducta del de la República. Aun habiendo sido más satisfactorio, el gobierno de la reina no celebraría con él tratado alguno en las circunstancias en que se encuentra porque, no estando roto el convenio de Londres, no podía separar su causa de la de los gobiernos amigos con quienes lo firmó. Tampoco podría admitir en pago de las indemnizaciones debidas a los súbditos de S. M., ni de los capitales e intereses que se les adeudan, sumas que el gobierno mexicano hubiese de recibir del de los Estados Unidos en virtud de un tratado peligroso para la integridad y la independencia de México.

De real orden lo digo a V. S. para su conocimiento y fines indicados.

Dios guarde a V. S. muchos años. Córdoba, 17 de septiembre de 1862.

Saturnino Calderón Collantes

LA JUNTA PATRIÓTICA PROPONE SE COLOQUE EL PABELLÓN  
DE PERÚ JUNTO CON EL MEXICANO

Palacio de gobierno del Distrito en México, a 13 de septiembre de 1862

Ciudadano encargado de negocios de la República del Perú,  
Manuel Nicolás Corpancho

El gobernador del Distrito tiene el honor de hacer presente al ciudadano encargado de negocios de la República del Perú en esta capital, Manuel Nicolás Corpancho, que el Supremo Gobierno de la República ha tenido a bien acceder a la solicitud que la junta patriótica le hizo para que permitiera que el pabellón del Perú se coloque los días 15, 16 y 17 del corriente, al lado del nacional, con motivo de las festividades cívicas de la independencia de México.

Para tener la satisfacción de cumplir con la orden del gobierno, me tomaré la libertad de suplicar al ciudadano encargado de negocios de dicha República, se sirva decirme cuáles son las dimensiones y demás circunstancias particulares de su pabellón.

El gobernador del Distrito de México aprovecha esta grata oportunidad de manifestar al ciudadano Manuel Nicolás Corpancho, sus simpatías por la felicidad de la República del Perú, reiterándole las seguridades de su muy distinguido aprecio.

José María González Mendoza

CORPANCHO AGRADECE AL GOBIERNO MEXICANO ACEPTA  
LA PROPUESTA

México, septiembre 13 de 1862

Ciudadano general gobernador del Distrito de México

Señor gobernador:

El infrascrito, encargado de negocios y cónsul general de la República del Perú, tiene la satisfacción de contestar la muy atenta nota del ciudadano general gobernador del Distrito de México, fecha de hoy, comunicándole, para los honrosos fines que se ha propuesto la junta patriótica de esta capital y a los cuales se ha servido acceder el Supremo Gobierno, que el pabellón del Perú se compone de tres fajas verticales de las mismas dimensiones, las dos extremas encarnadas y la intermedia blanca, en cuyo centro se coloca el escudo de las armas con su timbre, abrazado a aquél por su parte inferior, de una palma a la derecha, entrelazado de una rama de laurel a la izquierda. Dicho escudo está dividido en tres campos: uno azul celeste a la derecha que lleva una vicuña mirando al interior, otro blanco, a la izquierda donde se coloca el árbol de la quina y otro rojo interior y más pequeño con una cornucopia derramando monedas. El escudo tiene por timbre una corona cívica vista de plano y está acompañado por cada lado de una bandera y un estandarte de los colores nacionales.

Con el objeto que habla vuestra señoría, las explicaciones que fuesen necesarias para mayor claridad, le serán dadas por el teniente coronel, ayudante de esta legación, don Manuel E. Velarde, a quien el infrascrito ha comisionado con este fin cerca de vuestra señoría.

El gobierno y pueblo peruanos apreciarán en toda su importancia fraternal, la deferencia que México va a dispensarles enarbolando su pabellón al lado del nacional en las festividades de los memorables días de la patria. Si los sentimientos de amistad que el Perú profesa a México y los fervientes votos que hace por su libertad y soberanía e independencia, hubiesen de necesitar de algún estímulo, ninguno sería más poderosos, ni contribuiría a fortificar los vínculos que el Perú trata de estrecha con esta República, como el acto a que me refiero y que vuestra señoría se ha servido comunicarme.

El infrascrito corresponde a la expresión de los sentimientos particulares que el ciudadano gobernador hace por la felicidad de su patria y tiene el honor de suscribirse muy atento, obsecuente servidor.

Manuel Nicolás Corpancho

CORPANCHO HACE PRESENTE SU GRATITUD  
A LA JUNTA PATRIÓTICA

México, septiembre 17 de 1862

Señor presidente de la junta patriótica de México

El infrascrito, encargado de negocios y cónsul general de la República del Perú, tiene el honor de dirigirse al señor presidente de la junta patriótica de esta capital, suplicándole se digne servir de órgano a los sentimientos de la más profunda y sincera gratitud que ha despertado en el infrascrito, el elevado pensamiento que inició esa respetable corporación y que tan generosamente se sirvió aceptar el Supremo Gobierno, para que el pabellón del Perú fuese enarbolado al lado del nacional en las festividades cívicas con que el pueblo mexicano solemniza los memorables recuerdos históricos de su independencia, en los días 15, 16 y 17 del corriente.

La reciprocidad con que México corresponde a las simpatías que el Perú se ha complacido en manifestarle, obedeciendo a los impulsos del corazón y a los intereses políticos del continente americano, será apreciada en toda su significación moral por el gobierno y el pueblo peruanos que acompañan a México en sus desgracias. Yo me congratulo en poderlo asegurar desde ahora y en declarar que la deferencia que México ha otorgado al Perú, haciendo que los pabellones se presenten enlazados en los días augustos de la patria, será mirada como un símbolo de fraternidad, precursor de la unión en que los pueblos americanos cifran la conservación de su soberanía, su independencia y sus instituciones democráticas.

El infrascrito aprovecha tan grata oportunidad, para ofrecer al señor presidente de la junta patriótica las protestas de su muy distinguida consideración.

Manuel Nicolás Corpancho

SANTA ANNA DISPUESTO A VENIR A MEXICO,  
SI LO LLAMAN

Saint Thomas, septiembre 15 de 1862

(Señor doctor don Francisco Javier Miranda)  
La Habana

Muy apreciado compatriota y amigo:

Muy grata me ha sido la llegada de usted a esa ciudad sin novedad y celebraré que así se conserve hasta el momento de regresar a la patria, a donde lo considero necesario en las actuales circunstancias.

También me ha complacido que mi manejo lo juzgue usted prudente, cuando es preciso obrar con la mayor cordura. Tengo los mejores deseos para servir a nuestra infeliz patria, pero quiero hacerlo sin menoscabo de mi honor, que estimo más que la vida. Creo que todo hombre sensato conocerá que no puede tener aspiraciones el que ha satisfecho todas sus ambiciones gloriosamente y menos cuando nuestro suelo representa hoy un verdadero cementerio.

Constantemente he dicho a los amigos que si creyeren de alguna utilidad mis débiles servicios, inicien un llamamiento honroso, seguros de que me presentaré luego en ese teatro, como otras veces; pero que jamás me rebajaré a hacer el papel de pretendiente, habiendo representado allí el primero tantos años por merecimientos que me enorgullecen. O vuelvo al servicio de mi patria honrosamente, o acabaré mis días en esta roca; tal es mi resolución irrevocable.

Parece que a fines de año o a principios del entrante, acontecerán cosas extraordinarias en México y, por lo mismo, juzgo indispensable que usted no haga falta en la hora que se trate de establecer un gobierno

nacional; pues usted podrá influir mucho en la elección de la persona. Los aliados convencidos de que el país no rechazará un dictador, siendo mexicano y de buenos antecedentes, parecen dispuestos a apoyar esta idea que, en mi concepto, será seguramente aceptable.

Acepto la sinceridad de sus sentimientos y deseo que francamente me exponga cuanto le ocurra sobre los asuntos de nuestro país. Establezcamos una correspondencia continuada, haciendo usted sus indicaciones con toda libertad, seguro de que encontrará en reciprocidad, gratitud y buena fe.

La salida de los paquetes no da lugar para más. Mándeme las órdenes de su agrado como a su afectísimo seguro servidor y amigo que le desea felicidades y b. s. m.

Antonio López de Santa Anna



## UN CORONEL FRANCÉS DESCRIBE EL CAMPO INTERVENCIONISTA

En el campo de la Soledad, el 17 de septiembre de 1862

Al señor general Forey, comandante en jefe de las tropas expedicionarias de México

Mi general:

Por sus despachos del 24 y el 25 de junio último, su excelencia el mariscal ministro de la Guerra me ha dado el mando de las tropas de vanguardia del cuerpo expedicionario de México, compuestas de 2 batallones de mi regimiento, un escuadrón de cazadores de África, 2 destacamentos del 2º y 5º, escuadrones del tren de equipos, etc.

Las instrucciones de su excelencia respecto de la composición del personal y del material de mi columna, del embarque hacia Veracruz y del desembarque, eran muy explícitas. Éstas se siguieron punto por punto y hemos arribado a México en el mejor estado.

Previendo el caso de que debiera juntarme inmediatamente con el general De Lorencez, el Mariscal me informó que yo encontraría en Veracruz o en el camino, a uno de los ayudantes de campo de usted quien, habiéndose embarcado en el *Forfait*, sería portador de instrucciones detalladas sobre las disposiciones que yo habría de tomar a mi llegada su excelencia se limitó a indicar someramente el objeto final de mi marcha: la llegada de este primer refuerzo debía indicar, ante todo, la firme resolución del emperador de vencer los obstáculos que pudieran oponerse al triunfo de sus armas en México. Yo debería atravesar Veracruz y la tierra caliente sin detenerme y, consecuentemente, dar a mi

convoy la organización que el estado de los caminos y la situación del país hicieran indispensable.

El ministro agregó que tenía confianza en mi experiencia; pareció, en una palabra, dejarme en completa libertad de obrar según las circunstancias y expresó de manera bien explícita que en el caso de que debiera reunirme con el general De Lorencez, él entraría en más detalles sobre la conducta que yo habría de seguir.

A mi llegada a la Martinica me encontré con el paquebote inglés que se dirigía a Veracruz. Me aproveché de ello para escribirle al general De Lorencez, anunciarle mi próxima llegada, enviarle un estado del personal y del material que llevaba, rogarle que me enterara de cuáles eran sus necesidades y pedirle instrucciones. Mi carta llegó, pero las dificultades de las comunicaciones impidieron que el general me contestara.

En Veracruz no encontré ni al ayudante de usted que vino en el *Forfait*, ni nuevas instrucciones del ministro o del general De Lorencez. He tenido que seguir mis propias inspiraciones y los consejos del Almirante Roze, comandante supremo.

Me instalé en Veracruz para atender al desembarque, a la formación y a la composición de los dos convoyes que nosotros debíamos escoltar. Puse al teniente coronel Labrousse a la cabeza del primer convoy y yo partí con el último.

Se tomaron todas las precauciones higiénicas para preservar de la fiebre amarilla a los soldados. No permanecieron ni un momento en Veracruz y no abandonaron los navíos sino para tomar el ferrocarril.

Durante mi estancia en Veracruz fui huésped del Almirante Roze y del comandante Lacroix: los seguí en sus diarias visitas a los cuarteles, a los almacenes, etc...

Tal como usted podría comprobarlo por sí mismo, mi general, vi una guarnición con un efectivo nominal suficiente, y con un efectivo real casi nulo; la ciudad no está guardada; 50 hombres determinados se han hecho dueños de ella.

Sobre todo, me han llamado la atención dos cosas: la mala intención de los negociantes extranjeros, apoyada por las reclamaciones

constantes de los cónsules, y de los sistemas de transporte adoptados para hacer llegar a Orizaba todo lo que le hace falta al ejército.

No me toca, tal vez, insistir con usted sobre el primer punto de pertenece al dominio de la política. No obstante, estoy convencido de que esa guerra sorda de los negociantes de Veracruz nos priva de buena cantidad de auxiliares y bajo muchos capítulos nos reduce a la escasez. Los caballos, las mulas, los bueyes, el maíz, el azúcar, el café, el arroz, abundarían de no ser por la oposición sorda y sistemática de esta laya de comerciantes, que, sin pagar el menor impuesto, pretende dirigirlo todo en su provecho, hambreado a los franceses lo mismo que a los mexicanos y haciendo dinero de todo. Usted encontrará una prueba patente de ellos en el poblado de Medellín, que es el cuartel general de las guerrillas, al mismo tiempo que en la ciudad de Veracruz. Relativamente dicho punto es muy sano; un lugar que sería bueno ocuparlo si en Veracruz surgieran obstáculos. Más allá de Jamapa, que pasa por Medellín, entre la Boca del Río y el Río Blanco, se extienden vastas praderas que contienen caballos, mulas y bueyes que toda Francia entera tal vez no produce. Yo mandé practicar allí un reconocimiento que habría podido reportarme algunos millares de cabezas y que no pasó de quitarle a un jefe de guerrillas muy conocido el producto de sus rapiñas. Varios cónsules, el de Francia, a la cabeza, vinieron a presentarle reclamaciones al almirante; los caballos y las mulas se pagaron muy por encima de su valor y los bueyes, que, más que todo, eran buena presa, encontraron también propietarios honrados.

Nosotros carecemos particularmente de aquello en que el país abunda. Muchos habitantes –haciendo poco caso de las sentencias de muerte dictadas por Juárez, porque se hallan más cerca de nosotros que de él- están dispuestos a entrar en relaciones con nosotros y a proveernos de lo que nos es necesario. Siguen el procedimiento usado en este país, dirigiéndose a terceros que se sirven de corredores y los corredores no hacen nada sin los cónsules. Cónsules, corredores y terceros se hacen pagar espléndidamente, estorban a su antojo las negociaciones, se entienden en caso necesario con algunos jefes de bandas de guerrillas y no entregan nada sin haber recibido dinero a dos manos.

Nuestros transportes cuestan medio millón por mes y no llevan más de 2,500 quintales a Orizaba; lo que hace que se pague más de dos francos de transporte por kilogramo. Los mayordomos, que reciben 65 francos por carro al día, tienen interés en no avanzar, es muy difícil hacerlos enganchar; a veces corren cuatro horas seguidas detrás de sus mulas, poniendo cara de que no pueden atraparlas y se meten adrede en los hoyancos, sobre todo cuando se entienden con las guerrillas; informan a estas últimas de todos nuestros movimientos. Muchos oficiales caerán y tales pormenores no llegan a conocimiento del comando.

Cuando el general De Lorencez y el subintendente Raoul organizaron estos transportes fue por el mes de diciembre o enero, ya que había pasado el tiempo de aguas; los carros que se deslizaban por el suelo como por una calzada. Nadie se podía imaginar las dificultades de la marcha por la tierra caliente en la estación actual.

Yo me inicié en África, en la época en que escoltaban todos los convoyes; acompañé más tarde los carros de cedro de Batana a Constantina, durante el invierno, por un terreno donde no había caminos; estuve muchas veces en Kamiech (?), en las trincheras de Sebastopol y en Balaklava durante el invierno de 1855; nunca vi nada comparable a las dificultades del camino de Veracruz a la Soledad en la presente estación. Es una vasta ciénaga, espesa, fangosa. ¡Hemos hecho 24 kilómetros en 12 días! Es evidente que en un caso así la escolta se come el convoy y, en lugar de llevar víveres a Orizaba, no se llevan sino consumidores.

No habiendo recibido órdenes ni instrucciones de nadie, hube de proceder según mis propias inspiraciones y, en vez de atravesar rápidamente la tierra caliente, según las instrucciones generales conocidas en París, pensé que era mi deber detenerme a la mitad y establecer un puesto provisional y cumplir mis funciones de comandante de vanguardia resumiéndolas así: despejar el terreno; abrir los caminos.

El terreno es infecto. La Soledad ha sido abandonada por sus habitantes. Todos los sucesivos convoyes han dejado los cadáveres en estado de putrefacción. El magnífico puente que unía las dos riberas fue quemado. El caudal de las aguas del río Jamapa interrumpirán las comunicaciones todavía durante dos meses, hasta que se fundan las

nieves del pico de Orizaba. No hay vado en los alrededores. El de San Diego es imposible de localizarse en medio de una tierra que por deshabitada ha venido a ser virgen de nuevo y donde la vegetación tiene una fuerza prodigiosa.

¿Era preciso mirar correr el agua y aprovechar un momento de inesperada disminución del caudal para cruzar el río, arriesgándose así a consumir todo el convoy y tener que abandonar los carros para regresar hambreados a Veracruz, escoltando todavía durante 12 días esos malhadados carros en medio de pantanos, viendo a diario caer hombres y caballos vencidos por las enfermedades y las fatigas, presenciando su agonía sin poder llevarles socorro? ¡No! Sólo una cosa había que hacer. Establecerse en la Soledad, desinfectar ese lugar de paso, restablecer las comunicaciones entre las dos orillas y habilitarlo para la ocupación; reparar las casas abandonadas para guardar los víveres, las municiones y todo el material, restaurar los hornos, a fin de dar pan a la guarnición y a las tropas de paso, organizar una buena ambulancia para curar a los enfermos, aprovechar toda disminución del nivel de las aguas para hacer pasar a la otra orilla los carros vacíos... y establecido sobre el río por una balsa y una pasarela, remplazar los convoyes de carros entre Veracruz y la Soledad por convoyes de mulas, que harán cuatro viajes en 12 días.

En una palabra, mostrarse tan valientes ante la fiebre amarilla como ante el enemigo, probará a los mexicanos —que no cuentan más que con su clima para resistirnos— que la firme resolución de los soldados del emperador es vencer todos los obstáculos y hacer creer a las tropas que nos siguen que la fiebre amarilla es un mito inventado con el propósito de enfriar su valor.

Por otra parte, mi general, tengo la satisfacción de comunicarle que desde la tejería he perdido sólo tres hombres, contando entre ellos al comandante Grivet, no obstante que tengo 199 enfermos en la ambulancia y muchos hombres fatigados en las filas. Venceremos la enfermedad y tomaremos posiciones aquí hasta que usted juzgue, por nuestras fatigas, que es tiempo de mandarnos remplazar. La moral de las tropas es excelente. Los hombres del 5° escuadrón del tren desentonan un

tanto junto a mi tropa; vienen de Francia y casi todos son bisoños; pero se empeñarán y se pondrán a la altura de los demás.

Tengo la convicción, mi general, de que usted aprobará mis disposiciones.

Sin embargo, frente a las instrucciones del ministro que me obligan a atravesar rápidamente la tierra caliente, no dejo de inquietarme por la responsabilidad que asumo ocupando la Soledad. Espero que si me equivoco se considerará, por lo menos que al mantener aquí una parte de mi tropa, yo mismo quedo aquí. Hay circunstancias en la vida en que no se debe aceptar más guía que la propia conciencia.

Yo creo cumplir mi deber de oficial de vanguardia asegurando a nuestro ejército los medios de pasar y de vivir. El coronel Labrousse partió con un batallón para Orizaba escoltando un convoy de 60 carros de víveres. Ya se había hecho preceder por un convoy de 250 mulas de carga, cuyo regreso aguardo con impaciencia para servirme de ellas entre Veracruz y la Soledad.

Si usted aprueba mis disposiciones, espero que me expedirá todas las mulas que vengan de Francia o de África con las tropas que a la sazón escolten los carros civiles que nosotros haremos cargar. A lo menos, esas tropas saldrán ganando que en uno o dos días harán lo que nosotros hemos hecho en 12.

Dispuse que el correo de Orizaba fuera acompañado por una compañía de Zuavos hasta Paso del Macho; ésta regresará pasado mañana. El convoy de avituallamiento que le lleva este despacho va escoltado por 35 cazadores de África, un zuavo y los hombres disponibles del tren.

Aparte de estos destacamentos, no obstante un efectivo nominal de 1,459 que apuntala mi situación, apenas tengo el número de hombres válidos que se necesita para proveer a la guardia de las dos orillas y al servicio de la ambulancia, de la administración y de la barca.

Tengo a honra ser con respeto, mi general, su muy humilde y obediente servidor. El coronel.

Trimonnet (?)

LLEGAN A FRANCIA NOTICIAS FAVORABLES SOBRE LA  
EXPEDICION EN MÉXICO

París, septiembre 18 de 1862

Al conde Russell

Señor:

El gobierno francés continúa satisfecho con las noticias recibidas de México; la comunicación entre Orizaba y Veracruz se ha conservado y la actitud de los mexicanos hacia los franceses ha mejorado.

Tengo el honor de ser con profundo respeto el más obediente y humilde servidor de su excelencia.<sup>3</sup>

(Henry Richard Charlew Wellesley)  
Conde de Cowley

---

<sup>3</sup> Original en inglés.

## LOPEZ URAGA SE DETIENE EN LEÓN

León, septiembre 19 de 1862

Excelentísimo señor presidente don Benito Juárez

Muy respetado señor mío y amigo:

Cumpliendo con las órdenes del gobierno he salido de Guadalajara. En esto eran precisas las que recibí y no así, las de ser o no empleado en esa capital. Si usted tiene la bondad de recordar mi conducta desde que usted me conoce, mi comportamiento en toda la época de su gobierno y de la manera con que he cumplido en los manos que se me han confiado y por lo pronto que he estado al llamado del gobierno, creo me hará la justicia de creer que hoy menos que nunca pondré obstáculo a su marcha de gobierno y que al contrario, deseo facilitarle, por mi parte, el camino de su administración.

Con este sentimiento me detengo en León para ocurrir tan pronto y en donde el gobierno disponga, pero también oscureciéndome y muriendo políticamente si es dable, porque mi delicadeza y mi dignidad ya lo exigen.

No es hoy tiempo de reclamo ni queja alguna, sino de abnegación y sufrimiento y nadie me ganará. Tengo la convicción de que serviré un día y bien a mi país, de que mi sangre aún le será útil y ese día en que usted, la nación o las circunstancias me llamen, me encontrará dispuesto.

Suplico a usted pues, señor, de que aquí se me deje o se me den las órdenes que bien tengo y que le repito cumpliré como siempre las he cumplido.

Un mal escuadrón reunido por mí en menos de un mes y que hoy monto por la protección de mis amigos y quedará vestido y arreglado a



mediados del que entra, espera las órdenes de usted y le será útil. Lo tiene mi hijo y yo tendría gusto en verlo cerca del gobierno en lo crítico de nuestras circunstancias.

Tengo el honor de acompañar a usted esa carta que he creído justo poner a Mr. De Saligny en respuesta a un insulto grosero y espero sea de su aprobación, como lo deseo en mi conducta toda como su amigo y atento seguro servidor q. b. s. m.

José López Uruga

EL GOBERNADOR DE TLAXCALA INFORMA  
SOBRE LA SITUACIÓN DE LA ENTIDAD

Tlaxcala, septiembre 20 de 1862

Señor presidente licenciado don Benito Juárez

Mi siempre apreciable señor de toda mi consideración:

No había escrito a usted luego que me encargue del gobierno de este estado, porque deseaba dar una relación exacta, al verificarlo, de todos los despilfarros y destrozos que hicieron los que acompañaban al general Moreno sin ninguna utilidad para el estado, ni para la causa general de la nación; mas como me he ocupado casi exclusivamente de todo aquello con que Tlaxcala pueda auxiliar en defensa de nuestra patria contra el invasor extranjero, no me ha sido posible acabar de reunir todos los datos, por los cuales se patentizarán los gravísimos perjuicios que aquellos hombres causaron. Se han reunido ya parte de estos datos y luego que estén todos, daré a usted dicha relación y se publicará también por la prensa.

Los operarios que de aquí fueron a Puebla para trabajar en las fortificaciones, regresaron el sábado próximo pasado, porque en aquella ciudad entienden por ocho días, los seis de la semana y, por lo mismo, concluida ésta les dijeron que se retiraran, siendo así que yo había hecho entender a dichos operarios que el auxilio debía ser por ocho días naturales, pero les convino mejor la cuenta poblana y con docilidad se retiraron. El domingo por la mañana fue cuando regresaron, no el sábado.

El armamento para los 400 infantes está ya completo y algo más; sigo trabajando para conseguir más armas con el fin de que, organizada esa sección y luego que esté ya apta para marchar, se forme una reserva

con la mayor provisión. Sólo me aflige la escasez de recursos, porque los buenos servidores que acompañaron al general Moreno acabaron con el dinero que debió servir para las necesidades presentes.

No son exageraciones más, pues, como he dicho, pronto se publicarán los datos o pruebas de los destrozos que hubo. Por otra parte, en el partido o distrito de Huamantla, 300 hombres de caballería del general Carbajal, se están manteniendo a más de veinte días con los recursos de aquellas fincas y pueblos, sin sujetarse a lo muy necesario y tal vez por separado están recibiendo su haber de la comisaría del ejército de Oriente. Sin embargo, sean cuales fueren las aflicciones, no desespero; trabajaré hasta donde alcancen mis fuerzas para que estos pueblos auxilien en las gravísimas circunstancias en que han puesto a la nación la invasión extranjera y los traidores.

El lunes próximo se situará en Tlaxco una partida de 100 hombres, porque ha aparecido por aquellos rumbos una gavilla y antes que se aumente, es necesario hacerla desaparecer. No han faltado exageraciones respecto del número de que se compone dicha gavilla, pues no han faltado pillos malcontentos que aseguren que el número es de 600, pero la realidad es que no pasan de 25.

Me reservo comunicar a usted otras muchas cosas y por ahora concluyo con repetir que quedo como siempre de usted afectísimo servidor que lo aprecia, saluda y b. s. m.

José Manuel Saldaña

[Nota de Juárez]

Fechada el 26 de septiembre

Enterado de todo y gracias por su empeño en organizar fuerzas. El señor (González) Ortega y el señor Colombres desean hacer algo más de lo hecho hasta ahora en Puebla, para poner esta plaza en un estado verdaderamente respetable. Le suplico, pues, mande de nuevo cuantos trabajadores pueda, para que ayuden a estas obras, haciendo que lleven sus instrumentos, pues en Puebla no hay los suficientes.

## LAS MUJERES PATRIOTAS SE ORGANIZAN PARA AUXILIAR A LOS HOSPITALES MILITARES

Previo la autorización suprema que corresponde, se ha formado en esta capital una asociación de señoras, que tienen por objeto promover cuanto fuere conducente en favor de los hospitales militares de la República. Esta sociedad, que ha adoptado el nombre del inmortal y filantrópico general Zaragoza, por honrar debidamente su memoria, se ha subdividido en diversos círculos, cada uno de los cuales se halla a cargo de las señoras cuyos nombres y habitaciones se insertan a continuación reconociendo todos como centro el de la que se suscribe, que fue quien obtuvo la autorización mencionada conforme a la que deberá entenderse con el ministerio de la Guerra.

En esta sociedad se admiten a todas las buenas mexicanas que estén dispuestas a llenar las condiciones siguientes:

Primera. En el acto de inscribirse entregarán, a la encargada del círculo en que lo verifiquen, una pieza de ropa interior o de cama.

Segunda. Semanariamente contribuirán con medio real y unas pocas de hilas, lienzo para hacerlos o unas vendas, pudiendo cada una aumentar o no esta contribución, según fuere de su agrado.

Tercera. Concurrirán todas las señoras que gusten a las reuniones ordinarias que se establezcan y a las extraordinarias para que fueren convocadas, con el fin de acordar la mejor manera de utilizar los trabajos de cada una.

Cuarta. El donativo de que se trata deberá remitirse precisamente a la habitación de la señora encargada del círculo respectivo, pues en obvio de gastos, la sociedad no tiene recaudador.

Ésta admite todos los donativos con que las personas, así de uno como de otro sexo, quisieren por su conducto aliviar los sufrimientos de los ciudadanos que derraman su sangre por sostener la independencia nacional.

Todas las señoras que deseen formar parte de esta asociación, pueden ocurrir a inscribirse a la casa número 11 calle de Estampa de Jesús María, o a la de las señoras encargadas de los círculos respectivos.

México, septiembre 20 de 1862.

Altagracia P. de Morales

Relación a las señoras encargadas de los círculos que forman esta Sociedad y de sus habitaciones.

Doña Dolores Escalera. Alcaicería No. 27.  
Doña Dolores Delgada de Alcalde. Vergara No. 2.  
Doña Dolores Herrero de Bravo. Puerto Nuevo No. 8.  
Doña Luz Zamora de Herrera. 2ª de San Lorenzo No. 8.  
Doña Josefina Broz de R. Palacio. 2ª del Reloj No. 2.  
Doña Altagracia P. de Morales. Estampa de Jesús María No. 11.  
Doña Margarita Maza de Juárez. Calle del Arzobispado No. 1.

[Agregado en texto manuscrito lo siguiente]

Oaxaca, diciembre 6 de 1862

Encargada la que suscribe de formar en esta ciudad un círculo de señoras bajo las bases anteriores, tiene la honra de invitar a usted a que se suscriba y, contando con que por sus sentimientos caritativo y por su posición social, usted puede ayudar eficazmente a tan filantrópico objeto, le suplico tenga la bondad de remitir los donativos que tenga a bien a esta su casa, número 2, de la calle de la Vega, en donde serán recibidos, entretanto la primera junta, convocada ya, nombra las señoras que deban desempeñar las comisiones respectivas.

Soy de usted su más atenta y segura servidora q. b. s. m.

Juana Maza de Dublán

Señor Rincón:

Sírvase usted mandar que se impriman 200 ejemplares de esta invitación.

Soy su afectísimo seguro servidor.

Manuel Dublán

NOTA PARA COMUNICARLA A LOS OFICIALES DE LOS  
CUERPOS QUE LLEGAN DE FRANCIA

22 de septiembre de 1862

Atendiendo a que los diferentes cuerpos que forman el ejército expedicionario de México no han de arribar a Veracruz sino sucesivamente, el comandante en jefe no podrá reunir en conferencia a los señores oficiales, como lo ha hecho en la Martinica, con los de los cuerpos embarcados con él, para exponerles verbalmente sus observaciones sobre el estado de ánimo que, a su juicio, existía cuando desembarcó en México; en consecuencia, le deja al comandante militar de Veracruz esta nota confidencial para que le sea remitida a cada jefe de destacamento a medida que un barco llegue al fondeadero; el primer cuidado de ese jefe será reunir a los oficiales y comunicarles el contenido de esta nota.

El general en jefe, intérprete de los sentimientos del emperador, quiere que la unión más perfecta reine entre todos los elementos del cuerpo expedicionario y entre el elemento militar y el elemento político francés o mexicano y cree inútil recordar que es tan verdadero este dicho, que ha llegado a ser trivial, de que la unión hace la fuerza.

Este deseo del general en jefe podrá acaso encontrar resistencia entre algunos espíritus prevenidos y dispuestos a asociarse a aquellos a quienes diversas causas y, entre otras, la decepción que ha seguido a la esperanza de un éxito demasiado fácil, han agriado y empujado a recriminaciones mutuas; pero él está resuelto a romper esta resistencia, en caso de que se produjera, cuando se trata de la gloria de la bandera, que no debe sufrir las consecuencias de ningún desacuerdo entre quienes, cada uno en su esfera social, es llamado a servir al emperador; está resuelto a poner fin a toda mala inteligencia que, explotada por el

enemigo, no puede menor que debilitar, a los ojos de las poblaciones entre las que queremos restablecer la paz y la concordia, el prestigio de las augustas palabras con que el emperador, por su conducto, dirige tan noble llamado al pueblo de México.

El encargado de negocios de Francia en México y los jefes mexicanos que se han unido a nuestra bandera, deben ser tratados: el primero, con toda la consideración que merece la posición oficial que él debe a la confianza del emperador; los segundos, con la benevolencia que nos interesa mostrar a aquellos que, por otra parte, no tienen más carácter oficial que el de jefe militar, ni más misión que la de organizar y comandar a los soldados de su nación que hacen o harán causa común con nosotros y que, con ese título, deben ser tratados como hermanos de armas, si queremos sacar buen partido de ellos. Es precio no olvidar que el pueblo mexicano es valiente, susceptible y no mostrar por tropas mal equipadas, poco instruidas y cuyo aspecto puede no ser brillante, ningún desprecio, ni menos hacerlas objeto de malos tratos; sería muy impolítico alejar de nosotros a quienes no vacilan en acercarse a nosotros a pesar de que la conducta seguida hasta aquí respecto a ellos no siempre ha podido ser la que el emperador desea y que el general en jefe recomienda formalmente que se siga en lo porvenir.

Señores oficiales: en sus relaciones con la población mexicana deberán empeñarse en hacerles ver que el fin que nos proponemos en sacar este país de la anarquía y dejarle la libre elección del gobierno que él considere más conveniente a su carácter, a sus costumbres, a sus hábitos, a sus necesidades y que, para llegar a dicho resultado, el pueblo mexicano debe hacer causa común con nosotros. Dirán a todas las gentes honradas, sin importar el partido a que pertenezcan, que el ejército no viene a guerrear en favor de éste o el otro de dicho partidos, sino del orden, a cuyo restablecimiento convida a quienes, sean liberales o reaccionarios, puros o mochos, estén fatigados de la anarquía. Darán garantías a los poseedores de bienes nacionales cuya adquisición se haya hecho conforme a la ley; harán ver a los individuos progresistas amantes de su nación, que no pueden colaborar por mucho tiempo con un gobierno que vende a pedazos su bello país y que es a la bandera de



Francia, de esta Francia única en combatir por una idea, hacia donde deben volver la mirada viéndola como el ***Palladium*** de su independencia, porque en ella se cifra todo lo que constituye una nación: orden y libertad.

El general en jefe aprovecha el carácter confidencial de esta nota para invitar a los señores oficiales a que no mantengan ninguna correspondencia con los diarios, ya que nada es tan antimilitar y contrario a la disciplina; a que se abstengan de hacer comentarios acerca de las operaciones militares emitiendo sobre actos de la autoridad juicios que, en general, son erróneos, porque las más de las veces ignoran las causas que los determinaron y lo cual no puede sino debilitar el prestigio del comando a los ojos de los subordinados.

El general comandante en jefe del cuerpo expedicionario de México.

(Ellie Frédéric) Forey

GONZÁLEZ ORTEGA LLEGA A MÉXICO

Ayotla, septiembre 22 de 1862

Telegrama recibido en México, septiembre 22 de 1862, a las ocho y treinta minutos de la noche.

Excelentísimo señor presidente:

Llegaré a la once de la noche, si me lo permite me quedaré hoy en la casa de diligencias y a las siete me iré al palacio.

(Jesús González) Ortega

DE LA LLAVE RECLAMA VESTUARIO PARA SUS OFICIALES

Jalapa, septiembre 22 de 1862

Señor general don Miguel Blanco

Muy señor mío y apreciable amigo:

No obstante que no he tenido el gusto de recibir contestación a mi anterior, como he visto que ha comenzado usted a recibir algunas cantidades que han donado para vestuario de oficiales, me he decidido a dirigirle la presente con el fin de manifestarle que los padecimientos de los oficiales de mi división han sido, sin duda, más prolongados que los de cualquiera otra división; que, encontrándose en un verdadero estado de desnudez, si usted puede dedicarles algunos uniformes o alguna cantidad para contratar en esa un uniforme sencillo, sería favor que le agradeceríamos infinito.

Como habrá usted sabido a la salida del extraordinario, aún no llegaba Forey y posteriormente no he sabido tampoco que se haya avistado.

Garibaldi parece indudable que se ha sublevado proclamando la independencia de la Italia y la ocupación de Roma; si lo veo lo creo; esto es positivo y nuestra causa gana infinito.

Consérvese usted bueno y ordene a su amigo y servidor q. b. s. m.

Ignacio de la Llave

SE PROPONE QUE GHILARDI TENGA EL MANDO DE LAS  
FUERZAS DE JALISCO

Guadalajara, septiembre 23 de 1862

Señor ministro don Miguel Blanco  
México

Muy apreciable amigo y señor:

Recibí y contesto su apreciable de 11 del corriente y, desde luego, le doy las gracias por sus buenos deseos de que se tranquilice el estado, por lo que no omito diligencia alguna.

Cumpliendo con los deseos de usted y obsequiando sus órdenes, ha salido ya de esta capital el coronel Rojas con una brigada de más de 1,500 hombres, que llegará para mediados del próximo octubre a la capital. La entrante semana saldrá otra brigada al mando del coronel Gómez, formada de los cuerpos de Colima y de uno de infantería del estado.

Desearía y aun he ordenado ya al jefe respectivo, que el escuadrón Guías de Jalisco, que se halla en Guanajuato, se incorpore a la brigada Gómez para que, con otra fuerza de caballería que lleva, se forme una regular. Espero que usted dará sobre estos las órdenes convenientes; así como si es posible que el cuerpo Lanceros de Jalisco que se halla también en Guanajuato, traído de oriente por el señor Doblado, se incorpore también al contingente de Jalisco.

Antes de 20 días espero mandar otra brigada que irá unida con las fuerzas de Sonora y Sinaloa si ya han llegado, que llevará la artillería gruesa y que formará de las fuerzas de Jalisco un efectivo de 5,000 hombres. He consultado la opinión de los jefes y todos desean que los

mande en jefe el señor Ghilardi, pero si no fuere posible, que lo sea el señor (de la) Garza.

Yo espero salir en las últimas fuerzas del Estado y, entonces, tendrá el gusto de verlo su compañero y amigo q. b. s. m.

Pedro Ogazón

[Aumento]

Con la brigada del señor Gómez irán los reemplazos necesarios que usted me pide.

## FALAZ PROCLAMA DE FOREY AL LLEGAR A VERACRUZ

Mexicanos:

Al confiarme el emperador Napoleón el mando del nuevo ejército que muy pronto se me reunirá, me encargó que os haga conocer sus verdaderas intenciones.

Cuando hace algunos meses España, Inglaterra y Francia, experimentando las mismas necesidades, se vieron conducidas a reunirse por un mismo motivo, el gobierno del emperador no mandó a México sino un pequeño número de soldados, dejando a la nación más ultrajada la dirección principal para exigir la reparación de los agravios comunes. Pero, por una fatalidad difícil de prever, los papeles se han invertido y Francia ha quedado sola para defender lo que creía ser el interés de todos. Esta nueva situación no la hace retroceder. Convencida de la justicia de sus reclamaciones, fortalecida con sus intenciones favorables a la regeneración de México, ha perseverado y persevera más que nunca en el objeto que se ha propuesto.

No es al pueblo mexicano a quien vengo a hacer la guerra, sino a un puñado de hombres sin escrúpulos y sin conciencia, que han pisoteado el derecho de gentes gobernando por medio del terror más sanguinario y que para sostenerse no han tenido vergüenza de vender a pedazos, al extranjero, el territorio de su país.

Se ha tratado de excitar contra nosotros el sentimiento nacional pretendiendo haceros creer que venimos a imponer al país un gobierno a nuestro antojo; lejos de eso, luego que el pueblo mexicano sea manumitido por nuestras armas, elegirá libremente el gobierno que le convenga; traigo expreso mandato de declarároslo así.

Los hombres de ánimo fuerte que han venido a reunirse a nosotros, merecen nuestra especial protección; mas, en nombre del emperador llamo, sin distinción de partidos, a todos los que quieran la independencia

de su patria y la integridad de su territorio. No entra en la política de Francia mezclarse por un interés personal en las disensiones intestinas de las naciones extranjeras pero, cuando por legítimas razones se ve obligada a intervenir, o hace siempre en el interés del país en que ejerce su acción.

Recordad, mexicanos, que donde quiera que ondea su bandera, en América lo mismo que en Europa, representa la causa de los pueblos y de la civilización.

Veracruz, septiembre 24 de 1862.

El general de división, senador, comandante en jefe del cuerpo expedicionario de México.

(Ellie Frédéric) Forey

## VERGONZOSA DESTITUCIÓN DE ALMONTE

El general en jefe, investido de todos los poderes militares y políticos, hace saber al pueblo mexicano y, en particular a los habitantes de Veracruz, según la disposición que hemos recibido, que el gobierno instituido por el señor general Almonte, sin el concurso de la nación, no tiene de ninguna manera la aprobación de la intervención francesa y que el general Almonte tendrá que:

- 1º.- Disolver el ministerio que creó.
- 2º.- Abstenerse de dictar ninguna ley ni decreto, y
- 3º.- Dejar el dictado que, indebidamente, tomó de jefe supremo de la nación, concretándose en lo sucesivo, del modo más perentorio, a las instrucciones dadas por el emperador para proceder, en lo posible, con los otros generales mexicanos, acogidos a la bandera francesa, a la organización del ejército mexicano que ostrará solamente bajo nuestras órdenes.

Veracruz, 24 de septiembre de 1862.

Ellie Frédéric Forey



JUAN ÁLVAREZ EXPLICA A JUÁREZ LA GRAVE SITUACIÓN  
ECONÓMICA DE GUERRERO

La Providencia, septiembre 26 de 1862

Señor presidente don Benito Juárez  
México

Muy estimado amigo:

Aprovechando la salida de un extraordinario que conduce mi contestación al ministerio de Relaciones, sobre una contrata de armamento que me recomienda, dirijo a usted la presente, satisfaciendo su apreciable del 14 del próximo pasado, lo que no había tenido la satisfacción de hacer antes, por la inseguridad del tránsito de aquí a esa capital.

En la que me ocupe se servía usted anunciarme que nuestro ejército se hallaba preparado para emprender en aquellos días, sobre el enemigo, antes de que fuera reforzado, y cuando me lisonjeaba con otro triunfo como el de Puebla, he tenido el gran sentimiento de saber, por los últimos periódicos que falleció el eminente patriota ciudadano general Ignacio Zaragoza y me he supuesto que por este motivo no pudo tener efecto el combate enunciado. Reciba usted, pues, en mi nombre y en el de todos los señores generales, jefes, oficiales y tropa de la división de mi mando, el debido pésame por esa pérdida tan deplorable, mayormente en nuestras actuales circunstancias.

Agradezco a usted mucho su comedimiento en explicarme la mente con que fue dictada la suprema orden, sobre que los gobernadores no dispusiesen de los productos de las aduanas; pero permítame decirle que por esa disposición y otras concordantes, advierto que el gobierno

tiene la creencia de que los productos de la de Acapulco, son una cosa considerable, o cuando menos, de la entidad de los de la de San Blas o Manzanillo, siendo así que no guardan, ni con mucho, punto de comparación con ellas, ni con las de más inferior calidad que haya en la República, pues por diversas causas, que sería difuso enumerar, la concesión de puerto de depósito acordada en favor de Acapulco ha quedado enteramente nulificada y, por esto y en consecuencia de la guerra de los Estados Unidos juntamente con la intestina que acabamos de atravesar, sus rendimientos son infinitamente menores que antes de 1854, hasta el grado de que en el mes pasado y en el presente, se ha tenido que ocurrir al comercio en solicitud de préstamos para atender a la guarnición; cuyo número ordinario de tropas, hubo la necesidad de aumentar, para poner la plaza a cubierto de las intenciones de una corbeta de guerra francesa que tocó en la bahía del puerto, y otras que antes y después, se han presentado cruzando sus aguas a cortas distancias.

En cuanto a las rentas particulares del estado, son tan miserables que ciertamente no merecen ni el nombre de rentas. La demostración de este aserto la hallará usted, sirviéndose mandar se le presente el corte de caja practicado por la tesorería general del mismo, que se remitió al ministerio de Hacienda, en el mes pasado, por mi hijo Diego, en su calidad de gobernador constitucional. Allí encontrará usted la más palpable evidencia de la suma miseria de dichas rentas y esto, cuando figuran en dicho corte las entradas de un préstamo extraordinario decretado en marzo último por la honorable legislatura del estado.

Reseñar a usted las causas que han ocasionado semejante decadencia, sería hacerle una ofensa notoria, pues conoce lo mucho que ha sufrido este país, en la larga serie de nuestras revoluciones, especialmente de la época de Ayutla a la fecha; usted ha palpado las escaseces con que se tiene que luchar aquí constantemente y las penalidades y sufrimientos de nuestros valientes soldados; pues a eso que usted ha palpado otra vez, se agrega ahora la falta de maíces, por haberse perdido las cosechas el año pasado; de modo que, cuando se encuentra ese artículo, es a precios excesivos, que no puede satisfacer la clase

menesterosa, ni menos el infeliz soldado con su corto préstamo, cuando se le da.

Todo esto y las frecuentes invasiones de Vicario en el distrito de Hidalgo y en la actualidad las de los bandidos Jesús Vizoso y Marcelino Catalán, en la sierra de Chilpancingo, con otras gavillas de menor cuantía que pululan en los distritos de Tlapa y Chilapa, ha ocasionado el estado de miseria y desolación en que se encuentra este territorio, sin esperanza de dar pronto término a estas tristes circunstancias y reorganizar su hacienda, por no permitirlo así la excitación y expectativa de sus habitantes, con motivo de la guerra extranjera.

Disimúleme usted la difusión de la presente, pues lo he hecho así por el deseo de darle a conocer la verdadera situación que guardo, para que se persuada de que ésta y no otro motivo, ha sido la causa de haber ocurrido al Supremo Gobierno en solicitud de sus auxilios, habiendo deseado, como deseo, que los soldados del sur concurran en unión de sus hermanos a la salvación de nuestra nacionalidad, pero que lo hagan de tal modo que sus sacrificios sean provechosos.

Sin embargo de las precedentes explicaciones, si usted dispone que no se tomen los productos de las rentas federales ni para las atenciones de la brigada que se halla en el distrito del Centro en movimiento sobre la sierra de Chilpancingo, ni para las fuerzas que se hallan en los de Tlapa y Chilapa, en persecución de los bandidos, ni para la marcha de la brigada del general Pinzón a esa capital, como está prevenido, así se hará; pero le repetiré lo que he manifestado al ciudadano ministro de la Guerra: en ese caso dejo a salvo mi responsabilidad, pues no respondo de las emergencias que puedan surgir por la absoluta falta de recursos en que quedo.

Consérvese usted bueno como se lo apetece su afectísimo que lo estima con sinceridad.

Juan Álvarez

MINUTA DE UNAS INSTRUCCIONES DEL MINISTERIO DE  
RELACIONES A MATÍAS ROMERO

México, septiembre 27 de 1862

Al señor ((Matías) Romero

Las inmensas atenciones de la guerra, que sostenemos en medio de una miseria espantosa, demandan sin tregua la atención del ministerio todo y precisamente hoy ha sido un día de los más empeñosa y tristemente empleados en ideas medios para proporcionarnos algunos de los cuantiosos recursos que tanto necesitamos. Por lo tanto, es menester que usted no atribuya a otra causa la falta de una cumplida contestación a sus interesantes despachos.

Por lo que yo mismo he visto y por lo que usted informa al gobierno, tenemos bien conocida la política del gabinete de Washington sobre las cosas mexicanas. Por esta razón me rehusé a firmar un artículo que Mr. Corwin me presentó como adicional del tratado que el señor Doblado y él celebraron y del cual tiene usted conocimiento. El artículo proponía la prórroga del plazo prefinido en el tratado para su ratificación. Yo dije a este señor ministro que, si su política y sus actos con relación a México tuvieran, en los consejos del gobierno y senado de su país, la importancia que de verdad merecen, el gobierno de México no vacilaría en acceder a la prórroga que se solicitaba pero que, desgraciadamente, los hechos estaban demostrándome que entre Mr. Corwin por una parte y el Poder Ejecutivo de su país, había un completo desacuerdo sobre este negocio; que dejar sobre la mesa el tratado hasta diciembre próximo, es decir, más del tiempo hábil para el canje de las ratificaciones, equivalía evidentemente a desecharlo; que sabíamos la situación aflictiva de su gobierno y atribuíamos a ella y a su recelo de indisponerse con el

emperador de los franceses, su repugnancia a prestarnos auxilios en la guerra que aquel monarca nos ha traído, que no vituperábamos esta abstinencia, limitándonos a indicarle como un obstáculo invencible por hoy para que el gobierno de Washington nos probase el interés que creemos le inspira nuestra situación; esto bastaba para no exponernos a un desaire. Que si las disposiciones de aquel gobierno, que el Senado hacia nosotros cambiase en buen sentido, podían reanudarse las negociaciones en el acto. Le hablé con reflexión a esto del tono despreciado, tono que se ostentó en las discusiones del Senado y de la casi unanimidad de votos por la que aquella asamblea reprobó el tratado. Suplico a usted tenga todo esto muy patente para lo que pueda ofrecerse más tarde.

Me tomo la libertad de llamar la atención de usted sobre el otro asunto de la mayor importancia. El señor Corwin ha tomado una participación muy principal en la reclamación que hace la Casa de la Moneda contra el gobierno por diversos capítulos. Últimamente me ha dirigido aquél varias notas acerca de esto. Usted sabe que Ajuria, español y no Temple, americano y su suegro de aquél es el verdadero interesado. Pues bien, estábamos ya a punto de convenirnos, cuando los señores de la Casa de Moneda pretendieron que se les reconociese un crédito procedente de hechos de la reacción. Esto era imposible sin abrir una ancha puerta a millares de reclamaciones y a millones de deudas, imposible de pagar a la nación, aunque ella misma se vendiera.

Otro punto de diferencia consistió en que los de la Moneda acusan al gobierno de complicidad en una extracción fraudulenta de plata no acuñada. Yo, simplemente, he pedido las pruebas.

Ahora lo que importa es que hable de esto con Mr. Seward y le diga que, en la durísima situación que guardamos, todavía hemos pensado en pagar a los señores de la Moneda; pero no podemos jamás consentir en reconocer a nuestro cargo las fechorías de la reacción. Procure usted descubrir bien hasta dónde quería ese gobierno proteger a Temple.

(Juan Antonio de la Fuente)

JUÁREZ COMENTA CON VIDAURRI EL ENVÍO DE DINERO A LA  
FAMILIA DE LOS SOLDADOS

México, septiembre 27 de 1862

Señor don Santiago Vidaurri  
Monterrey

Estimado amigo y señor:

Por su apreciable de 14 del presente, me impongo de que lo que se da a las familias de los soldados y jefes en campaña, se deduce del haber de éstos.

Desde que recibí su anterior en que me hablaba de este asunto, comprendí perfectamente la idea de usted a la que no tenía ni tengo objeción alguna qué hacer respecto de los jefes y oficiales; pero en cuanto al soldado, su haber es tan corto, que parece casi imposible que pueda dividirse entre el soldado y su familia; pero puesto que usted dice que así se hace, sólo puedo recomendarle que la reducción se haga irremisiblemente, pues de lo contrario resultaría grave perjuicio para el erario y para los demás servidores de la nación.

Soy de usted afectísimo amigo y s. s. q. b. s. m.

Benito Juárez

MÉXICO ESTÁ DISPUESTO A DEFENDER A CUALQUIER  
PRECIO SU INDEPENDENCIA

México, septiembre 28 de 1862

Señor Armand Montluc  
(París)

Muy querido señor:

Mucho y muy sinceramente agradezco a usted los pasos que ha dado cerca del emperador en favor de México, primero espontáneamente y después de orden del ministerio y a los cuales se refieren sus estimadas de 30 de julio y 15 de agosto, con las cuales he recibido copias de las notas que usted ha juzgado oportuno dirigir a su majestad.

A pesar del sincero deseo que México abrigaba de llegar a un arreglo con el gobierno francés, ahora que se ha convencido en que el único objeto de dicho gobierno es el de humillarle, está resuelto a defender a cualquier precio su independencia nacional, disputando palmo a palmo el terreno a sus injustos enemigos. La plaza de Puebla está perfectamente fortificada y, dentro de poco, la de México lo estará también. Los contingentes de los estados más remotos han comenzado a llegar al teatro de los sucesos y los demás vienen a marchas forzadas. En nuestro ejército reina el mayor entusiasmo y hay el mejor espíritu y todos estos elementos, unidos a la justicia que nos asiste, dan al gobierno y al país entero, fe ciega en el triunfo de sus armas y, si fuéramos vencidos, nuestro honor por lo menos quedaría inmaculado.

Renuevo a usted la expresión de mi agradecimiento y soy siempre su afectísimo seguro servidor q. b. s. m.

Benito Juárez

DECRETO DEL GOBIERNO.  
CESA LA DECLARACIÓN DE SITIO  
DEL ESTADO DE SAN LUIS POTOSÍ

El ciudadano presidente Constitucional de la República se ha servido dirigirme el decreto que sigue:

Benito Juárez, presidente Constitucional de la República Mexicana, a todos los que el presente vieren, sabed:

Que usando de las facultades de que me hallo investido, he tenido a bien decretar lo siguiente:

Artículo único.- Cesa la declaración de sitio en el estado de San Luis Potosí. En consecuencia, inmediatamente se encargará del Poder Ejecutivo el gobernador Constitucional nombrado conforme a la Constitución y leyes del propio estado y dispondrá lo conveniente para que en todo él se restablezca el orden constitucional.

Por tanto, mando se imprima, publique y se le dé el debido cumplimiento.

Dado en el Palacio Nacional de México, a 1º de octubre de 1862.

Benito Juárez



Al ciudadano Juan Antonio de la Fuente, ministro de Relaciones Exteriores y Gobernación.

Y lo comunico a usted para su inteligencia y fines correspondientes.

Libertad y Reforma. México, etc.

(Juan Antonio de la) Fuente

Ciudadano gobernador del Distrito Federal

## CARTA DE JECKER AL MINISTRO DE PRUSIA

México, octubre 3 de 1862

A su excelencia el señor Barón E. de Wagner,  
Ministro residente de Prusia

Séanos permitido, señor ministro, volver a llamar un momento la benévola atención de vuestra excelencia sobre los graves perjuicios que se nos han causado. El señor Jecker es el jefe de la casa que lleva su nombre; a él es a quien corresponde la dirección de los negocios, no solamente como socio principal, sino en virtud del contrato hecho con sus acreedores, que, confiando en su experiencia y en sus conocimientos especiales, le han dejado el cuidado de grandes empresas y de cuantiosos intereses. Del arresto súbito del señor Jecker, resultará necesariamente una paralización completa de todas sus empresas que se hallan en giro y como, según las ordenanzas de Minería, las minas, cuyos trabajos estén suspensos, pueden ser denunciadas en un término muy corto, no solamente la casa perdería los inmensos capitales que ha empleado en estas empresas, sino la propiedad misma de todas sus minas y de todas su haciendas de beneficio. Para prevenir semejante desastre, es urgente emplear a tiempo los fondos necesarios; lo que será en adelante imposible, puesto que el señor Jecker no está ya al frente de estos trabajos en que se ocupaba especialmente. Las pérdidas que se siguen a esta penosa situación, pueden ser tales, que desde luego nos es imposible fijar una cifra cualquiera por elevada que sea; el provenir sólo nos la demostrará.

En nombre del señor Jecker, a nuestro nombre, en nombre de nuestros acreedores franceses, españoles, ingleses y americanos, protestamos contra los daños y perjuicios que nos causa y nos ha causado

el arresto del señor Jecker, reservándonos nuestros derechos en su plenitud, a fin de hacerlos valer en tiempo oportuno. Suplicamos a vuestra excelencia, señor ministro, tenga a bien acoger favorablemente nuestra exposición y tenemos el honor, etc.

J. B. Jecker y Compañía

ESPAÑA LIMITA LAS FUNCIONES DE LÓPEZ CEVALLOS A  
“OBSERVADOR” Y “AGENTE OFICIOSO”

Señor don Juan Antonio López de Cevallos

La reina, nuestra señora, se ha enterado de las noticias que comunica vuestra señoría [V. S.] en su despacho reservado número 49, de 10 de agosto último.

Por las reales órdenes, que repetidamente se han dirigido a V. S. y de que se acompañan copias por si hubiesen sufrido algún extravío, se enterará de la política que el gobierno de su majestad [S. M.] se ha propuesto seguir en sus relaciones con el de México, mientras dure la situación en que se encuentra y no se declare roto por las otras partes contratantes el convenio de 31 de octubre.

No se propone el gobierno de S. M. hostilizar de nuevo a aquél en unión con las fuerzas francesas únicamente, pero no ha renunciado ni puede renunciar al compromiso que contrajo y del cual no se considera desligado completamente.

La razón, pues, que ha movido a V. S. a suspender los tratos y conferencias en que estaba, es digna de aprobación, pero no es la que mueve principalmente al gobierno a persistir en su propósito de suspender todo arreglo con el gobierno de México, cualesquiera que fuesen las ventajas que pudiera ofrecer. España se mueve siempre por motivos de honra y de justicia y ha dado pruebas recientes de que no se apartará de la senda que los sentimientos le trazan en todas sus relaciones internacionales.

V. S. puede, por lo mismo, continuar en el territorio mexicano como observador de los acontecimientos políticos y como agente oficioso del gobierno español, si cree que su permanencia puede producir resultados satisfactorios pero, de ningún modo, debe hablar más de arreglos imposibles en la situación en que las cosas se encuentra.

De Real orden lo digo a V. S. en contestación a su mencionado despacho.

Dios guarde a V. S. muchos años. Madrid, 7 de octubre de 1862.

Por autorización del señor ministro de Estado.

El director  
Tomás de Lignes y Bandaji

JUÁREZ CONTESTA CON AMABILIDAD A LÓPEZ URAGA

México, octubre 6 de 1862

(Señor general José López Uruga)

León, Guanajuato

He recibido su apreciable y le agradezco mucho su buena disposición por acatar las órdenes del gobierno que por el ministerio de la Guerra le serán comunicadas a León, donde he indicado al señor ministro desea usted permanecer. Recibí también la carta que ha dirigido usted a Mr. de Saligny. Veo con gusto que ha comprendido usted la verdadera situación en que nos encontramos, en la que no deben prevalecer sentimientos ni quejas, sino sólo la idea de defender a nuestra patria.

Ya se ha dado orden para que vengan a la mayor brevedad todas las fuerzas de Jalisco y, en vista de aproximación de las hostilidades, he de agradecer a usted ponga violentamente en marcha el escuadrón que me dice está a las órdenes de su hijo. Soy suyo seguro servidor.

(Benito Juárez)

CORPANCHO ABOGA POR UNOS FRANCESES QUE EL  
GOBIERNO RESOLVIÓ EXPULSAR

Octubre 2 de 1862

Excelentísimo señor ministro de Relaciones Exteriores de los  
Estados Unidos Mexicanos,  
(Señor Juan Antonio de la Fuente)

Señor ministro:

El infrascrito, encargado de Negocios y cónsul general de la República del Perú, tiene el honor de dirigirse al excelentísimo señor ministro de Relaciones Exteriores de los Estados Unidos Mexicanos, comunicándole que por una nota que acaba de recibir de su honorable colega el señor ministro de S. M. el rey de Prusia, se ha impuesto de la prisión verificada en las personas de algunos súbditos franceses por orden del gobierno, a quienes cree se trata de expulsar de la República sin forma de juicio y cuando, en concepto de dicho representante, son de todo punto inofensivos.

El señor ministro de Prusia ha suplicado al infrascrito, que interponga sus buenos oficios cerca del gobierno de V. E. y el infrascrito se apresura a hacerlo, confiado en la justificación del gobierno mexicano y en que no mirará en este paso sino el vivo interés que asiste al infrascrito porque no se reagraven las dificultades en que se encuentran hoy, por desgracia, las relaciones entre México y la Francia, así como porque una medida –caso de que fuese violenta- no ceda en deshonor de la reputación de la República Mexicana.

El infrascrito termina suplicando a V. E. se considere el acto que motiva este oficio bajo el punto de vista eminentemente civilizador y humanitario que ha guiado siempre su política, y aprovecha gustoso esta ocasión para renovarle las protestas de distinguida consideración y alto aprecio con que se suscrito muy atento y obsecuente servidor.

Manuel Nicolás Corpancho



EL GOBIERNO CONTESTA CON GRAN DEFERENCIA A  
CORPANCHO

10 de octubre de 1862

Señor Manuel Nicolás Corpancho

El infrascrito, ministro de Relaciones Exteriores de la República Mexicana, tuvo el honor de recibir a su tiempo la nota que le dirigió el señor encargado de negocios y cónsul general del Perú el día 2 del mes actual, interponiendo sus buenos oficios con motivo de la prisión y destierro de varios súbditos franceses.

El infrascrito suplica a su señoría [S. S.] le dispense de no haber contestado con la debida oportunidad esta nota; primero, a causa de la enfermedad que en estos días ha atacado al infrascrito y, además, porque, a muy poco de recibida la nota en el ministerio, habló el infrascrito con S. S. sobre el asunto de ella.

Fuera de eso, habiendo el señor Corpancho unido su nombre al de los otros honorables miembros del cuerpo diplomático, para autorizar, la nota colectiva que se mandó al infrascrito sobre este desagradable negocio, una vez contestada esta nota, como lo fue, no parecía ya tan urgente la contestación a ésta, que había venido suscrita sólo por S. S.

Al cabo puede el infrascrito cumplir este deber, manifestando al señor Corpancho que el gobierno de la Federación le agradece, como es debido, así el interés que se sirve tomar en que no se complique nuestra presente situación, como los términos en que excita al gobierno para que considere de nuevo este negocio.

Pero S. S. debe persuadirse de que el gobierno de la Federación no puede ni debe pensar que la renuncia de sus medios de defensa infundan la moderación en los manejos de un enemigo que le hace la guerra con

abierta violación del derecho de gentes. Además, para corresponder dignamente a la confianza ilimitada del país, el gobierno debía alejar del territorio mexicano a los extranjeros que, por su conducta vituperable, habían llegado a ser una amenaza constante para la paz interior y el infrascrito espera que el señor Corpancho se convencerá, reflexionando en ello, de que ni la humanidad ni la civilización padecen ofensa alguna, porque en circunstancias extraordinarias el gobierno ejerza una facultad de que se halla investido en tiempos comunes. Este acto de administración interior es verdaderamente inatacable.

El infrascrito hubiera deseado que las altas obligaciones del gobierno general, no le hubieran impedido obsequiar los buenos oficios del señor Corpancho, cuyas benévolas disposiciones hacia México son tan claras en este acto de S. S. como en toda su correspondencia oficial con este gobierno.

El infrascrito aprovecha esta oportunidad para reiterar a S. S. las seguridades de su atenta consideración.

Juan Antonio de la Fuente

CORPANCHO COMENTA LA RESPUESTA DEL GOBIERNO  
MEXICANO

14 de octubre de 1862

Al Excelentísimo señor ministro de Relaciones Exteriores  
Señor Juan Antonio de la Fuente  
México

El infrascrito, encargado de negocios y cónsul general de la República del Perú, ha tenido el honor de recibir el despacho de S. E. el ministro de Relaciones Exteriores, con el que se ha dignado contestar, en los términos más comedidos, al que le dirigió el infrascrito interponiendo sus buenos oficios a favor de los súbditos franceses a quienes se ha expulsado del territorio mexicano.

El infrascrito, que es el primero en acatar las disposiciones del gobierno que se ejercen en el círculo de sus atributos soberanos y que en el acto de su mediación amistosa no se ha apartado de esta idea fundamental, no debe ni tiene nada que replicar a una medida que se ha llevado a cabo en uso de derechos que están fuera del examen del infrascrito. En este punto el infrascrito no ha abrigado la menor duda y así, la parte oficial que ha tomado en este acto, tanto en unión de sus respetable colegas los señores miembros del cuerpo diplomático, como separadamente, no ha significado el desconocimiento de la soberanía e independencia del gobierno, ni menos la extralimitación de facultades que no están anexas a su carácter público ni se derivan de él. La magnanimidad y hasta la clemencia con que el gobierno mexicano llena sus grandes deberes en medio de la tormenta porque pasa la República, fueron los móviles que atentaron al infrascrito para esperar que se modificase de alguna manera la condición de los súbditos de una

potencia con la que el Perú mantiene relaciones amistosas y cuyo ministro, encargado accidentalmente de la protección de aquéllos, reclamaba el concurso del infrascrito. Siente que esta vez el gobierno no haya podido conciliar la generosidad de los sentimientos con las exigencias de sus obligaciones y que no le haya quedado campo para la templanza de que nos ha dado prueba, que levantan muy alto el nombre de México entre los pueblos que profesan en tiempo de guerra los principios más adelantados.

Muy satisfactorio ha sido, por lo mismo, al infrascrito, que la ilustre administración de S. E. el presidente se haya penetrado del espíritu enteramente amistoso que lo animó en el acto sobre que versa esta comunicación. Los sentimientos que S. E. el ministerio de Relaciones ha reconocido en ella, son los mismos de que siempre ha estado inspirado a favor de una República, a quien la del Perú desea ver siempre libre e independiente y soberana y en paz con todas las naciones de la tierra.

Acepta el infrascrito, reconociendo todo su valor, las razones que se ha dignado expresarle S. E. para explicarle el pequeño retardo en su respuesta, habiéndole sido sensible que figurase entre ellas la enfermedad del señor (de) la Fuente, en cuyos talentos y patriotismo tiene México fincada tan legítimas esperanzas.

Deseándole un pronto restablecimiento, se congratula el infrascrito en renovarle las protestas de su más distinguida consideración.

Manuel Nicolás Corpancho

NOTA COLECTIVA DEL CUERPO DIPLOMÁTICO ABOGANDO  
POR LOS EXTRANJEROS QUE SE PRETENDE EXPULSAR

A su excelencia el señor ministro de Relaciones  
Exteriores de la República Mexicana

Señor ministro:

Los infrascritos, miembros del cuerpo diplomático presentes en México, han sabido con sentimiento el arresto de muchos extranjeros a quienes la autoridad mexicana había significado la orden de marchar de la capital dentro de cuarenta y ocho horas, para salir del territorio de la República.

Los infrascritos se animan a creer que el gobierno no dará curso a una medida tan extrema, sin tener las pruebas evidentes de que estos extranjeros han cometido actos hostiles hacia el estado y que su presencia en México ofrece un peligro real.

Los infrascritos, en consecuencia, esperan que el gobierno de la República tendrá a bien participarles su resolución definitiva y se reservan el poner en su conocimiento las comunicaciones ulteriores y esenciales con objeto de la misma medida.

Los infrascritos tienen el honor de renovar a S. E., el señor ministro de Relaciones Exteriores, las seguridades de su alta consideración.

México, 3 de octubre de 1862.

Thomas Corwin  
Enviado extraordinario y ministro plenipotenciario  
de los Estados Unidos

E. de Wagner

Francisco de P. Pastor

Augusto T. Kint de Roodembecc  
Manuel Nicolás Corpancho  
Narciso de Francisco Martín

DE LA FUENTE CONTESTA A LOS DIPLOMÁTICOS:  
SE LLEVARA ADELANTE LA EXPULSIÓN

Palacio Nacional, México, octubre 3 de 1862

A su excelencia el señor Thomas Corwin,  
Enviado extraordinario y ministro plenipotenciario  
de los Estados Unidos de América  
Decano del cuerpo diplomático

El infrascrito, ministro de Relaciones Exteriores de la República Mexicana, ha recibido la nota colectiva que SS. EE. y Señorías, los miembros del cuerpo diplomático presentes en la ciudad de México le han hecho la honra de dirigir el día de hoy con motivo de la orden expedida por el gobierno del presidente para arrestar algunos extranjeros, hacerles partir de la capital dentro de 48 horas, y obligarles a dejar el territorio mexicano. SS. EE. y Señorías dicen que se complacen en creer que el gobierno general no dará curso a esa resolución sin tener pruebas evidentes de que estos extranjeros han cometido actos hostiles contra el Estado y que su presencia en México era realmente peligrosa. Por último, SS. EE. y Señorías manifiestan el deseo de que el gobierno de la República les comunique su resolución en este negocio, reservándose enviarle sus comunicaciones ulteriores esencialmente ligadas a la medida en cuestión.

El infrascrito, después de haber recibido las instrucciones del presidente, se apresura a contestar los puntos que acaba de exponer, en los mismos términos empleados por los honorables miembros del cuerpo diplomático.

En verdad que si el gobierno vacilase un momento en la plena convicción que tiene de haber decretado con buenos fundamentos esta

expulsión, se guardaría muy bien de llevarla a cabo; en esto le hace justicia la nota colectiva, pero siente mucho el infrascrito que la presunción de rectitud en el gobierno general no se extiende al tiempo en que tuvo a bien tomar la providencia de que se trata sino que comprende tan sólo el intervalo que haya de mediar entre la adopción de ella y su cumplimiento. Y, sin embargo, aquella presunción *prima facie* hubiera sido razonable, porque lo es el concepto de justificación en las resoluciones que una autoridad legítima toma en ejercicio de sus facultades, ínterin otra cosa no se puede. Mas el infrascrito quiere persuadirse de que no fue deliberada la omisión a que acaba de aludir.

Entrando al fondo del negocio, el infrascrito debe repetir en esta nota lo que ha tenido ya el honor de decir verbalmente a algunos de los señores ministros que han tratado con él, en lo privado y confidencial, sobre este negocio, a saber: que el gobierno de la Federación con buenos datos examinados en una deliberación madura y serena, se ha convencido profundamente de que los extranjeros en cuestión, quebrantaban por su conducta la neutralidad a que estaban obligados y de que por esta razón su residencia en el país comprometía gravemente la pública tranquilidad, no sin peligro de sus propias personas.

Por la Constitución y leyes de México, el gobierno de la Federación está investido en todo tiempo con la facultad de expedir pasaporte y hacer salir del territorio nacional a todo extranjero no naturalizado, cuya permanencia califique de perjudicial al orden público. Este derecho del gobierno era asimismo un deber en la gravísima situación presente. La acción gubernamental tenía que ser tan rápida, como son apremiadoras las circunstancias en que la República se encuentra y, reprimiendo estos excesos con medidas propias aun de los tiempos normales, el gobierno del presidente ha querido demostrar una vez más sobre tantas otras, que ejercita con templanza el derecho de la defensa nacional aunque se hace a México una guerra igualmente injusta en sus causas, que en sus medios y en sus fines.

Así, pues, la resolución definitiva del gobierno es llevar adelante la resolución a que los honorables miembros del cuerpo diplomático se refieren.



El infrascrito se complace en reiterar a SS. EE. y Señorías las seguridades de su alta consideración.

Juan Antonio de la Fuente